

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1873. — TOMO XLI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

AÑO 32. — Nº 1,058.

## SUMARIO.

**M. Marcelino Berthelot**; grabado. — **Revista española.** — **Sucesos de España**; grabado. — **Las langostas en Argelia**; grabado. — **Revista de París.** — **La exportación de mujeres en Atschin**; grabado. — **El tiro de palomos**; grabado. — **El manuscrito de un loco.** — **El telégrafo sub-marino**; grabados. — **Estudios sobre los sentidos**; grabados. — **Velazquez.** — **El testamento de M. Arkley.** — **M. Amadeo Thierry**; grabado.

### M. Marcelino Berthelot.

Creemos que entre todos los miembros que componen la Academia de Ciencias de París, no ha habido uno solo cuyo nombramiento haya producido tan profunda emoción, como la que acaba de producir la de M. Berthelot.

En 1868, la sección de química creyó que M. Berthelot era el único digno de ocupar la plaza que había quedado vacante, por haber sido elegido M. Dumas secretario perpetuo de la Academia de Ciencias, en reemplazo de M. Flourens.

Entonces la Academia se subleva contra un dictámen tan legítimo y natural.

Por el contrario, en 1873 la sección de física creyó conveniente reelegir en el último lugar de la propuesta en que figuraban candidatos que en su mayor parte eran conocidos, y que solicitaban con gran empeño los sufragios de la ilustre corporación.

La Academia, sin embargo, procede á su elección á pesar de las murmuraciones de que fué objeto por esa multitud de especialistas, contrariados por un voto tan honorable y lógico.

El público que en 1868, manifestó su profundo disgusto, no oculta en 1873 su satisfacción al ver que la Academia buscaba solo el mérito, y que la gloria de M. Berthelot no la impedía descubrir otros dignos también de formar parte de esta corporación.

Además, aunque M. Berthelot sea ante todo químico, no impide que posca mas profundos conocimientos que sus competidores. Examinense las listas de todos y se observará

que no se distinguen por sus trabajos ó por algun descubrimiento sobre la termo-química, es decir, sobre la fundación de una ciencia que pertenece á la vez á la física de Descartes, como á la química de Lavoisier, y que tiende á que desaparezca esa distinción esencial entre las dos ciencias-hermanas.

Por el contrario, M. Berthelot, su obra compuesta de dos gruesos tomos en octavo, llena de una infinidad de experiencias todas originales; ha sido escrita para demostrar que las reacciones las mas complicadas y

delicadas, se efectúan en los cuerpos de los seres vivientes, de la misma manera que en el laboratorio de los químicos. La fuerza vital no interviene mas en la producción del azúcar, del aceite, de la leche y de la bilis, que en el instinto, en la razón, en la inteligencia, ó si se quiere, en la conciencia. En una palabra, no hay nada en el organismo que no se explique sino en el organismo mismo. ¿De qué se preocupan los espiritistas los mas escrupulosos, los mas delicados y suspicaces? ¿Por qué ven con envidia semejantes investigaciones? ¿No son de una necesidad absoluta para defender los derechos del Ser Supremo?

M. Berthelot apenas contaba treinta años cuando ya había terminado su obra; ese verdadero monumento científico solo comparable á la estática-química de su casi-homónimo Berthollet. Desde entonces ha trabajado sin descanso al dar cuenta de los *Trabajos de la Academia de Ciencias*, y en los *Anales de física y química*; y sería necesario recorrer mas de cien volúmenes para formarse una idea de los trabajos del nuevo miembro de la Academia.

Los cursos que ha seguido durante quince años en la escuela de farmacia y en el Colegio de Francia han sido recopilados con gran exactitud en la *Revista científica* de monsieur Germer Bailliére.

Además, M. Berthelot no ha olvidado que obtuvo en un concurso general, antes de 1848, el premio de honor en filosofía; y sin que al aprender á manejar la balanza haya perdido la costumbre de emplear los silogismos.

M. Berthelot ha publicado también notables artículos en el *Tiempo* y en la *Revista de los dos mundos*.

Durante el sitio de París, M. Berthelot formó parte del comité científico de la defensa nacional, y en este concepto ha desempeñado con el mayor patriotismo, funciones penosas, importantes y peligrosas, pues puede decirse que bajo el fuego del enemigo, ha ejecutado innumerables pesquisas sobre la fuerza explosiva de la nitro-glicerina, de la dinamita, y de todas las infernales preparaciones, cuyo estudio era entonces un deber nacional.

Estos notables trabajos son sin contradicción, uno de sus mas importantes títulos de gloria, pues en los tiempos difíciles en que vivimos, no puede llegarse á ser un sabio, si no se empieza por ser un hijo lleno de abnegación por la pobre Francia.

W. DE F.



M. BERTHELOT,

Nuevo miembro de la Academia de Ciencias.

## Revista Española.

La jornada de un hombre de bien a través de los sucesos políticos. — Novedades teatrales. — *Don Rodrigo*. — *El Castillo de Simancas*. — Libros nuevos.

Desde mi última revista seguimos viviendo en República, aunque no lo parece.

Las personas acomodadas se van a Portugal ó a Francia, los reaccionarios mas furibundos se calan el gorro frigio para que no los conozcan las masas, los fondos bajan en la bolsa, y así vamos tirando.

Queriendo traducir del francés los desórdenes de la Commune, no hablan las gentes mas que de petróleo, de liquidacion social y de todo género de libertades.

Todo esto, como mis lectores comprenden, nos tiene en continuo sobresalto; nadie emprende trabajos, el dinero se esconde, y solo la misericordia de Dios, que es infinita, puede sacarnos sanos y salvos de este des... órden de cosas.

Para que práctica y pintorescamente puedan los lectores formarse una idea de cómo vivimos, hé aquí con sus vivos colores la jornada de un habitante de Madrid:

Son las ocho de la mañana.

La primavera lanza su prospecto, ofreciéndonos una de esas mañanas templadas que hacen recordar y presentir las de abril con sus claros celajes y sus balsámicas lilas.

¡Qué hermosa es la vida!

Tras una noche de sosegado sueño, todo se reanima en nuestro ser; nuestra cabeza está despejada, nuestro corazón no tiene penas.

El comerciante se entrega á dulces cálculos.

Puede hacer un pedido á las fábricas, abastecer su tienda, complacer á sus parroquianos y aumentar sus ganancias.

A fuerza de trabajo ha hecho algunos ahorros, los ha empleado en papel, y tiene decidido comprar una casita para que le llamen casero.

La alegría del cielo se comunica á su corazón.

— Voy á salir, se dice; es temprano, y el paseo matinal me sentará muy bien. De paso verá las casas que se están construyendo, y si alguna me gusta... es cosa hecha, la compro.

Estimulado por estas ideas, se despide de su mujer, besa á sus hijos, y al contemplarlos, deseoso de asegurar su porvenir, cobra nuevos bríos y se lanza á la calle.

— Buenos dias, vecino, le dice uno de sus colegas. Mucho madruga usted.

— Hace un tiempo magnífico.

— En efecto.

— Parece que se ensancha el ánimo con este venticito tan agradable.

— Ya sabrá Vd. lo de anoche.

— ¿Qué?

— Lo que pasó anoche.

— Lo ignoro, me acosté muy temprano y he dormido como un bendito.

— Pues hubo gran alarma.

— ¿De veras?

— El inquilino del cuarto cuarto ha dormido con el fusil.

— ¿Le ha acostado en su cama?

— Hombre, no; pero vamos al decir, que se lo ha puesto muy cerquita por lo que pudiera tronar.

— Pero ¿qué causa?...

— Ya sabe Vd. que los radicales y los republicanos no se entienden.

— Sí, ya...

— ¡Cuestión de principios!

— No, de fines.

— Los radicales pretenden que sin ellos no habría República.

— ¡Pues! Y los republicanos aseguran que por los radicales es por lo que no la hay.

— Ello es que los radicales quieren mandar, y que los intransigentes no transigen.

— Bien, pero todo eso...

— Todo eso tiene los ánimos sobresaltados; y como por otra parte la tropa se ha apropiado de la libertad, los milicianos son los únicos que pueden mantener el órden.

— Ellos en las calles y los vecinos honrados en las casas.

— Pues eso es lo que no quieren los republicanos, porque para mantener el órden se sobran y se bastan ellos; y luego, que, créalo Vd., eso de vecinos honrados es muy bonito, pero ofrece dificultades. Los hay que viven mal con sus mujeres, que no pagan en las tiendas, que explotan á todos los que caen en sus uñas.

— A todo esto no me ha contado Vd. lo de la alarma de anoche.

— Pues qué, ¿no sabe Vd. lo de las compañías de la guardia civil, que dispararon sobre su comandante?

— ¡La guardia civil!

— Sí, señor.

— No puede ser; un cuerpo tan benemérito, tan...

— El contagio sin duda.

— Pero ¿qué fué ello?

— Una cosa muy sencilla. Venian por el camino de Vallecas, el jefe quiso dirigirse al cuartel por la ronda, y á los soldados les pareció mejor darse un paseo por la corte.

— ¿Con que es decir que la subordinacion, la disciplina?...

— ¡Ay vecino de mi alma!

— Los que oyeron los tiros, corrieron, circuló la noticia, y cada cual se armó de su fusil, esperando ese conflicto á todas horas anunciado y temido. Porque hoy el fusil es un artículo de primera necesidad. Dentro de poco pagarán los fusiles al entrar derecho de consumos.

— ¡Válgame Dios!

— Despues se habló de los sucesos de Barcelona.

— ¿Qué sucesos?

— Todos los periódicos los refieren hoy. Cataluña ha querido declararse independiente.

— Calle usted.

— Así lo dicen... y en Málaga han obtenido la absoluta todos los soldados.

— ¡Horror!

— Y en las demás provincias se hará otro tanto.

— Pero ¿de dónde saca Vd. todo eso?

— De los periódicos, de las noticias... yo no lo invento.

— ¡Pícaros periódicos!

— Ellos no tienen la culpa, los revoltosos.

— No, señor, tampoco; la culpa la tenemos nosotros, que por ocuparnos mas de política que de nuestros asuntos, nos acostubramos á la ociosidad, perdemos el tiempo, abandonamos nuestra profesion, y al vernos perdidos, nos hacemos políticos para vivir sobre el país. Todo lo que nos pasa y mucho mas lo merecemos.

— La situacion es horrible. Anoche decian unos en un corro, en la Puerta del Sol, que mañana empezarian á hacer justicia; y un dependiente mio oyó decir á uno mal encarado, que debia hacerse fuego á todos los que se asomaran á los balcones.

— Calle Vd., calle Vd., que me ponen sus palabras de un humor endiablado.

— Hace Vd. mal; ni Vd. ni yo lo hemos de arreglar.

— Pero Vd. y yo, y todos los que tenemos algo que perder, somos los que debiamos arreglarlo.

— ¿No va Vd. á dar un paseito?

— Ya no, se me han quitado las ganas.

— Hace un dia hermoso.

— Triste, y muy triste me parece ya.

— ¡Y qué bajon han pegado los fondos!

— ¿Tambien ayer bajaron?

— El dinero tiene miedo, y por bajar, capaz es de enterrarse bajo siete estados.

El comerciante, lleno de pesadumbre por la conversacion, se dirige á la Puerta del Sol.

— ¡El Combate! ¡el Combate Federal! gritan los vendedores.

Lo compra, lo lee, y al enterarse de que solo las barricadas pueden arreglar esto, experimenta un nuevo pánico.

Todos los que encuentra al paso le dan, riendo, noticias espantosas.

Tropieza con un radical, y le oye decir:

— Tranquílcese Vd.; nosotros, los hombres de órden, triunfaremos y salvaremos la sociedad.

— Mas tarde halla á un republicano.

— No se apure Vd., le dice; la sociedad nos deberá su salvacion.

Por último, ve á un antiguo dependiente de su casa que se ha convertido en furibundo internacionalista.

Salúdale cortés, porque hoy los demagogos son los que mas favorecen la industria sombrerera. Todos se quitan el sombrero.

— ¿Qué hay?

— Nada, mi amo. Salud y petróleo.

— ¿Petróleo?

— Sí.

— ¿Para qué lo necesitas?

— Para que la sociedad vea claro, pues está ciega. Nosotros la curaremos.

El comerciante se retira á su casa, resuelve no pedir géneros, el dinero le pesa, querria ser un descamisado; ya no piensa en casa: la idea de que pueden sufrir su esposa y sus hijos, de que puede perder la fortuna amasada con el trabajo y la economia, le horroriza.

Y al llegar la noche no duerme.

Y ni el sol puro, ni el aire refrigerante, ni las caricias de sus pequeños, ni la felicidad doméstica que disfruta le consuelan; al contrario, querria vivir solo, estar lejos de España, morir tal vez, mejor que vivir en esta dolorosaagonia.

Y lo que pasa al comerciante que os he descrito, sucede á las demás personas acomodadas.

Decidme ahora, políticos de todos los partidos y de todas las opiniones: ¿qué os parece vuestra obra?

Tal es, con ligeras variantes, el cuadro de la vida íntima en Madrid y en las principales ciudades de España.

En los pueblos pasan cosas mas graves.

Vuelvo el boceto: abandonemos la política por las letras y las artes.

Dos dramas notables se han estrenado en el Teatro Español.

El primero ha sido el debut de un joven poeta que se llama Laserna.

*Don Rodrigo* es el titulo de la obra, y su argumento

se funda en los célebres amores del último monarca godo con la hermosa Florinda ó la *Cava*, hija del conde don Julian, de amarguísima recordación para la triste España.

Segun la historia, habiéndose hecho aborrecible el rey Witiza por su corrupcion y tiranía, se levantó en su contra un partido formidable, á cuyo jefe Theodorido privó de la vista y emparedó vivo en un calabozo de Córdoba. Entonces su hijo Rodrigo ocupó su puesto, y comenzó una guerra que dió por resultado la deposicion de Witiza y el coronamiento de Rodrigo.

De nada sirvió á este el ejemplo de su antecesor, y aunque los historiadores afirman que no carecia de valor y talento, lo cierto es que vivió entre las mayores crueldades y los mas groseros delictos, obligando á huir al Africa á los hijos de Witiza, cuyo tio don Oppas, arzobispo de Sevilla, comenzó á minarle el trono, admirablemente secundado por el mismo Rodrigo, que, enamorado y loco, abusó de la hermosa Florinda, hija del conde don Julian, á la sazón gobernador de Ceuta, cuya plaza entregó á los agarenos en cuanto supo su deshonra.

Marchó Rodrigo al frente de un poderoso ejército á detener el invasor, y se trabó la famosa batalla de Guadalete, que, indecisa al principio, se convirtió en derrota para los cristianos, gracias al obispo de Oppas, que, sin respeto á su estado y á su raza, se pasó á los árabes, cargando á la gente goda.

La mayor parte del ejército cristiano pereció, y se cree que Rodrigo sucumbió entre las ondas del rio, por cuanto sus vestiduras reales, cubiertas de oro y pedrería, lo propio que su espada y su caballo, fueron encontrados en las orillas del Guadalete; comenzando desde luego la guerra llamada de reconquista, que tan heroicamente inició don Pelayo en las montañas de Asturias, ganando la célebre batalla de Covadonga, en la que se cuenta perecieron cien mil árabes. Alhama, su jefe, cayó lleno de heridas, y el traidor don Oppas fué llevado vivo ante don Pelayo, quien le condenó al justo castigo que sus horribles crímenes merecian... Tal es el hecho histórico en que el autor don Agustín Fernando Laserna ha fundado su obra; y por Dios que este importantísimo suceso, que decidió de la suerte y del porvenir de España durante varios siglos, merecia algun mas detenimiento y estudio del que el señor Laserna ha empleado, y que se resume del siguiente modo:

Acto primero; salida de don Pelayo para Andalucía, de órden de Don Rodrigo, abandonando á su amada Florinda, y entrega á su sirvienta Laura, por el rey, de un filtro que produce la deshonra de aquella.

Acto segundo; aviso del conde don Julian, por su sobrino el obispo de Oppas, de la deshonra de Florinda; entrega de la plaza de Ceuta á los agarenos, y vuelta de Pelayo, quien á pesar de su amor se niega á servir á Florinda contra Don Rodrigo.

Acto tercero; montañas de Asturias, en las cuales acampa don Pelayo con sus amigos, y aparicion en ellas de Don Rodrigo y Florinda como penitentes, y de don Oppas como enviado del moro; muerte de este por la mano de Don Rodrigo, muerte de Don Rodrigo y suicidio de Florinda, cuya postrera palabra es una horrible maldicion, y coronamiento de don Pelayo. Este asunto, que la tradicion ha encantado y la poesía embellecido, merecia haber sido tratado con el mas respetuoso cuidado, puesto que, presentado del modo descrito, carece de interés, de movimiento y de vida, y se arrastra lánguido y frio sin conmover al espectador, sin llegar á interesarle, que es la base y el secreto de toda obra dramática.

¿No le parece al señor Laserna, dice un crítico, que es imposible que Florinda, que sospecha haber sido narcotizada, no haga recaer sus sospechas en su sirvienta Laura, la única persona á quien ha visto y hablado antes de salir?

¿No le parece igualmente que el final del acto primero, que aquella mujer aletargada y tendida en la escena y aquel Rodrigo lascivo y cruel, que avanza sobre la infeliz, es demasiado fuerte; demasiado realista, en una palabra?

Enumerados sus defectos, no es posible negar que la obra contiene algunas buenas situaciones, y que su versificación es bastante bella, como lo demuestran los siguientes fragmentos que á continuacion copiamos:

PELAYO.

¿Pues qué pretendes hacer?

FLORINDA.

¿No lo adivinas? Escucha  
El odio inmenso, profundo,  
Que mi corazón inflama,  
Una venganza reclama  
Que llene de asombro al mundo.  
Una venganza infinita,  
Que imprima sin compasion  
El mas infame borron  
Sobre esa frente maldita;  
Y que cuando el vil sucumba,  
Su odiada memoria empañe;  
Venganza que le acompañe  
En la tierra y en la tumba.  
Venganza horrible, infernal,

Que amontone con fiereza  
Sobre su odiada cabeza  
El desprecio universal.

PELAYO.

¡A comprenderte no acierto!  
¿Qué intenta? No lo concibo.

FLORINDA.

Que le martirice vivo  
Y que le deshonre muerto.

Véase la patriótica negativa que da Pelayo á los planes liberticidas de Florinda y don Oppas.

PELAYO.

¿Con que el conde don Julian  
Con infame alevosía  
Arroja la patria mia  
A los piés del musulman?  
¿Con que un corazón de cieno  
El honor hispano inmola,  
Y en nuestro pueblo tremola  
El estandarte agareno?  
Me está cegando la ira...  
Habla pronto, vive el cielo.  
¿Holló el musulman el suelo  
De España?

DON OPPAS.

¡Sí, á fe!

PELAYO.

¡Mentira!

Tan miserable traicion  
No ha consumado de fijo  
El conde, si el conde es hijo  
De nuestra heroica nacion.  
No ha realizado tu padre  
Hazaña tan criminal,  
Que nadie clava un puñal  
En el pecho de su madre.  
Digo que no puede ser;  
Don Julian conoceria  
Que España nada tenia  
Con sus ofensas que ver.  
¿Qué torpe, qué incua ley  
Osará hacer responsable  
A un pueblo, del miserable,  
Del vil corazón de un rey!  
¿Rodrigo nos ultrajó?  
Pues bien, que sobre Rodrigo  
Caiga nuestro atroz castigo;  
Pero sobre España, no.

DON OPPAS.

El trono nos ha usurpado.

FLORINDA.

Por él estoy deshonrada.

PELAYO.

Y ¿qué es tu honor, desgraciada,  
Con la patria comparado?  
Y ¿vale, voto á Luzbel,  
El trono del mundo entero  
Lo que vale el pueblo ibero  
Para comprarle con él?  
¡Comprarle! ¡Por Belcebú!  
Lo que quieres, hombre insano,  
Es que mande el africano  
No pudiendo imperar tú.  
¿Qué importa al vil caballero,  
Que á la mujer maldecida  
Ver a España envilecida  
A los piés del extranjero?  
¡Oh! ¡Me mandásteis llamar  
Pensando que yo querria  
Vender á la patria mia,  
Mis afrentas por vengar!  
No, de vuestra infamia el raso  
No ha de hacerla sucumbir  
Mientras que pueda esgrimir  
Un acero don Pelayo.

Puesto que la fortuna me es propicia, teniendo que dar cuenta de producciones dramáticas de verdadero mérito, la aprovecharé hablando de otra obra estrenada con gran éxito en el Teatro Español, original de Marcos Zapata, y titulada *el Castillo de Simancas*.

Referiré su argumento y daré á conocer algunas de sus bellezas.

*El Castillo de Simancas*, es un drama basado en nuestras famosas comunidades. Según las crónicas, don Pedro Maldonado Pimentel, prisionero en Villalar, debió ser degollado á la mañana siguiente de aquel infausto día, con Padilla, Bravo y Maldonado, salvándose por la intercesión de su deudo el conde de Benavente, que le aprisionó en lugar seguro; y aunque los mismos de la escolta le aconsejaban la huida, él, confiado en que ya no habria mas ejecuciones, entró en la fortaleza de Simancas, adonde no tardaron en llegar el célebre obispo Acuña y el mariscal de Navarra.

A los diez y seis meses de prision, y cuando vuelto á España don Carlos se disponian sus parientes á solicitar su perdon, llegó á Simancas el licenciado Fernan Gomez de Herrera con unos cuantos caballos, y el verdugo, y sin mas formas de proceso le pasó caballero en una mula por las calles del pueblo, pregonando los delitos que se le imputaban, y le degolló á las nueve de la mañana del día 16 de agosto de 1522; no faltando historiadores que afirman que salió muy galan y apuesto, vestido de blanco, cual si fuera á celebrar sus bodas, y que le ayudó á bien morir su hermano fray Manuel de Maldonado.

Para dar mayor verosimilitud al asunto principal, el autor presenta á Isabel y Maldonado locamente enamorados, y al padre de esta, el conde de Benavente, de gobernador de Simancas, y para el efecto dramático hace aparecer á la viuda de Francisco Maldonado, doña Maria de Mendoza, al frente de los populares, pidiendo la cabeza de Pimentel por sospechas de traicion, pues no se explican, cómo se libró del cadalso el que á él debió subir con Padilla, Bravo y su primo Maldonado, hasta que en el acto tercero, y despues de entregar á Pimentel á los comuneros, de cuyas manos le salva su hermano fray Manuel, comprende doña Maria su inocencia al ver entrar al alcalde portador de la sentencia de muerte del desdichado Pimentel.

No resistiré al deseo de copiar la magnifica escena entre Isabel y Maldonado, una de las mejores de la obra, y en la que cada quintilla aumenta en valor y poesia:

PIMENTEL.

Así, tus manos lucientes  
Deposita cariñosa  
Entre las mias ardientes,  
Y clava en mi vista ansiosa  
Tus ojos resplandecientes.

ISABEL.

(¡Oh! se refiere quizá  
A su postrer despedida  
En Salamanca...)

PIMENTEL.

Habla ya,  
Ven, acércate, ¡mi vida!  
¡Sol que abrasándome va!  
Dí, paraíso encantado  
Gloria de mi poesia,  
Espíritu idolatrado  
Que vive aquí... desposado  
Con la fe del alma mia;  
Dulce y mágica ilusion  
Que hasta los cielos me encumbra,  
Sublime fascinacion  
Que me ciega y me deslumbra  
Y me abrasa el corazón;  
Dime, sí, sol hechicero  
Alma de mi alma... ¿es verdad  
Que me quieres cual te quiero,  
Y que es un muro de acero  
Tu jurada lealtad?  
¿No es verdad que yo me agito  
También sobre tu alma pura?

ISABEL.

¡Pedro!...

PIMENTEL.

¿Lloras? ¡Dios bendito!  
¿Qué mas prueba necesito  
Que tu amor y mi ventura?  
Deja que trémulo y ciego  
Se temple en tan dulce riego,  
Si ya no está hecho ceniza,  
Este corazón de fuego  
Que el pecho me volcaniza.  
Deja el llanto bienhechor  
Tranquilamente correr:  
Llora... llora sin rubor,  
¡Que no es buena la mujer  
Que no ha llorado de amor!

ISABEL.

(Ya en su mente se ha borrado  
Ese delirio tenaz...)

¡Gracias, señor, se ha salvado!)  
Pedro... Pedro...

PIMENTEL.

Dueño amado,  
Isabel... ángel de paz,  
Refrena el pecho un instante...  
Luce en tu puro arrebol...  
Y tras esa lluvia amante  
Vuelva á brillar como el sol  
Tu peregrino semblante.  
Tú eres mi bien, mi alegría;  
Sin tí todo palidece,  
Pues hasta el naciente día  
Al ver tu melancolía  
Melancólico amanece.

ISABEL.

¡Desdichado! ¡desdichado!

PIMENTEL.

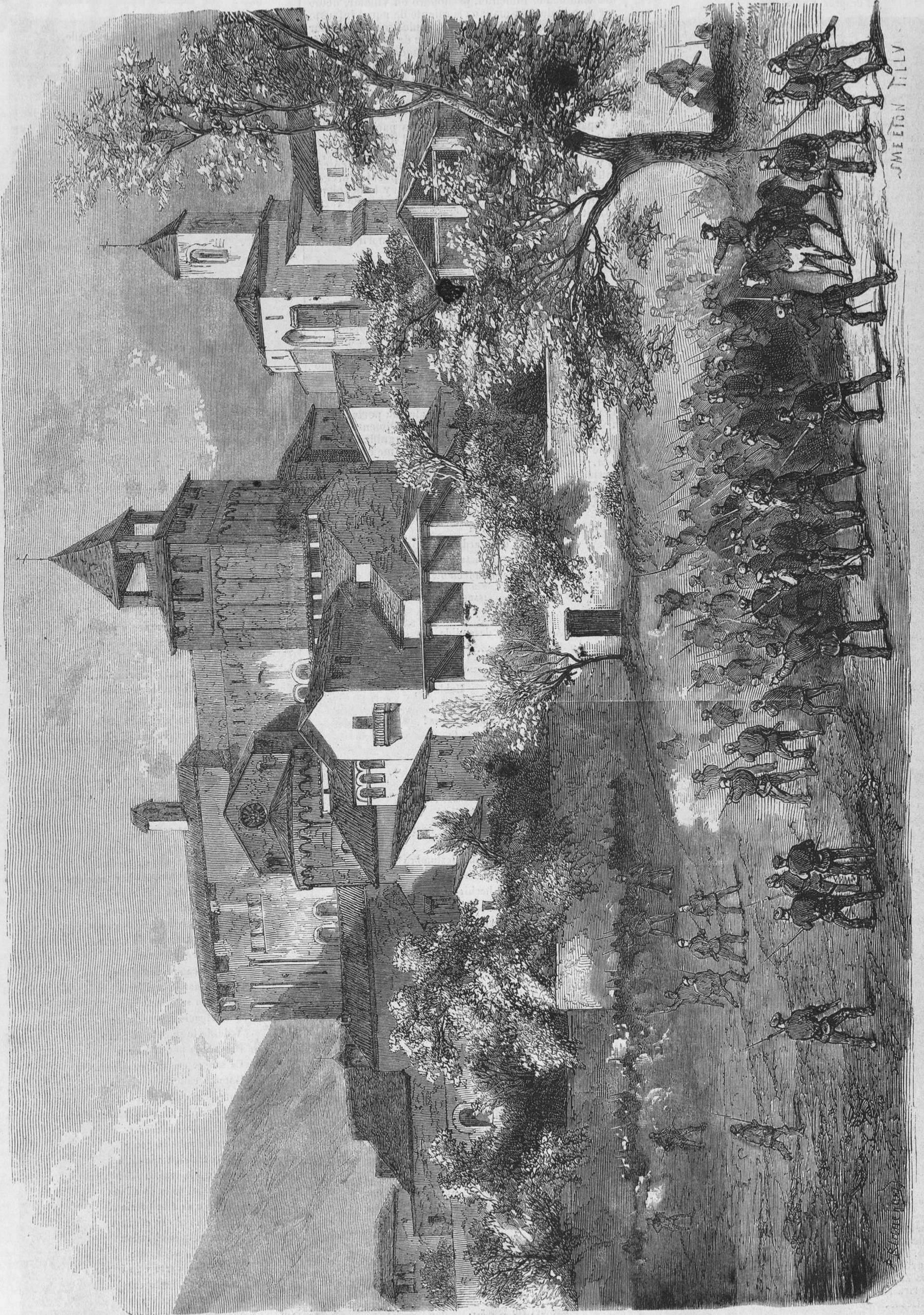
¡La gloria, Isabel, la gloria!  
Mal recuerdas lo pasado.

ISABEL.

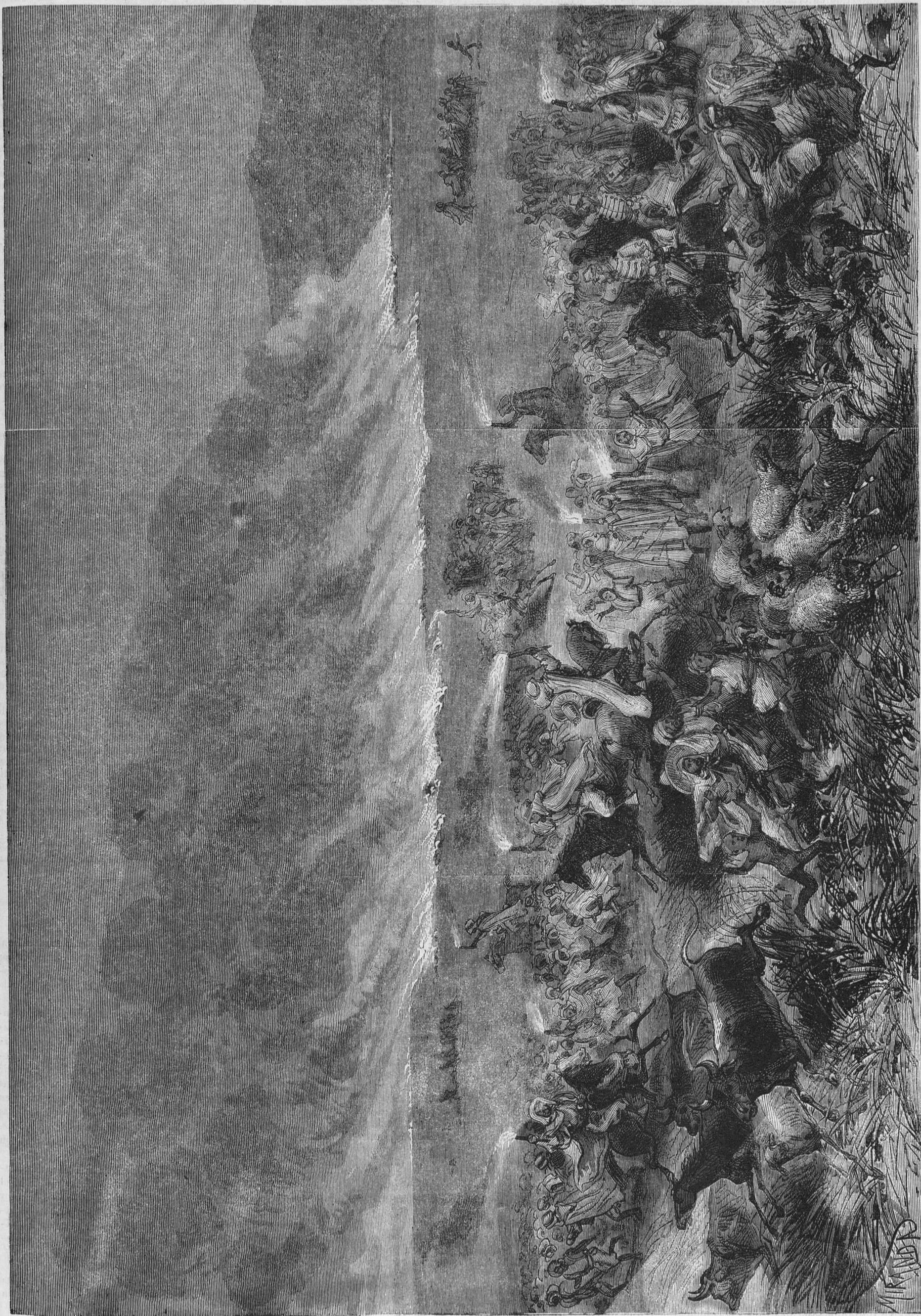
¡Dí, Pedro, dí!... ¿Se ha borrado  
Villalar de tu memoria?

PIMENTEL, como abrumado por los recuerdos.

¡Oh, Villalar!... ¡Villalar!...  
¡Campos de luto y horror!  
Aun me aturde el resonar  
Y el estrépito y clamor  
Del terrible batallar.  
— ¡Día triste!... ¡el suelo blando,  
Copiosa y tenaz la lluvia,  
Húmedo el aire silbando  
Y las nubes eclipsando  
Del sol la madeja rubia!  
Firme y dispuesta la gente  
Llega al barranco fatal...  
Busca paso... y diligente  
El ejército imperial  
Nos cierra barranco y puente.  
Entonces embravecido  
En ambas partes estalla  
El rencor mal comprimido...  
Y entre el pavoroso ruido  
Da comienzo la batalla.  
¿Quién puede el odio atajar  
De aquellos pechos febriles  
Que llevaban al chocar  
Ese furor peculiar  
De las discordias civiles?  
¡Aquel feroz embestir,  
Aquel duro arremeter,  
Aquel tenaz resistir,  
La manera de caer  
Y hasta el modo de morir!  
No hay ejemplo, no hay trasunto  
De tanta furia y estrago  
Ni mas horrible conjunto,  
Ni en la historia de Sagunto  
Ni en los tiempos de Cartago.  
Una infernal herrería  
Todo el campo semejava,  
Y al tronar la artillería  
La tierra se estremecia  
Y el espacio retemblaba;  
Y desde la puente al cerro  
Provocada por el hierro  
La sangre en su curso franco,  
Roto su caliente encierro  
Enrojecia el barranco.  
— ¡Arriba! clama potente  
El animoso Padilla,  
Y arriba sube la gente  
Y á la traicion apostilla  
Y echa á la traicion del puente.  
¡Mas todo, todo se allana  
De la fuerza á la presión!  
Desde una altura cercana  
Iba mermando el cañon  
La lealtad castellana;  
Y ante la muerte y su imperio  
Quedó al fin tanto coraje  
En fúnebre cautiverio  
Y aquel tétrico paraje



SUCESOS DE ESPAÑA. — Ataque de la Seo de Urgel por los carlistas.



DESTRUCCION DE LANGOSTAS EN ARGELIA. — Incendio de un llano de alfa.

Convertido en cementerio.  
Padilla fué acribillado,  
Bravo en su mortal fatiga  
Como fiera acorralado,  
Y yo caí ensangrentado  
Entre la turba enemiga.

(Transición).

¡Mas quede aquí la traición!  
¡La patria sin restaurar!  
¡Castilla sin corazón!  
¡Y en su funeral crespón  
El cadalso en Villalar!

No se puede negar que Marcos Zapata es uno de los más inspirados poetas de la prosaica época en que vivimos.

Entre los libros nuevos debo citar la traducción que de las *Lusiadas* de Camoëns, ha hecho el conde de Cheste, el folleto de don Francisco Cañamague: *Ideas sobre la situación moral y material del cuarto estado; la Solución católica y española para todas las grandes cuestiones de actualidad*; un notable tratado sobre la *Conjugación completa de todos los verbos irregulares castellanos y de los defectivos en los tiempos y personas que están en uso*, por don Fernando Gomez Salazar, y una novela de Julio Monreal, titulada: *¡ En paños menores!*

Voy á regalar á los lectores la descripción de las habitaciones interiores del palacio de los duques de Bailen.

En medio de las complicaciones políticas que nos rodean, es grato pensar que hay personas que saben emplear su fortuna protegiendo las artes.

Construido el palacio sobre los planos de M. Adolfo Ombrecht, arquitecto francés residente en Madrid, nada ofrece de particular en su exterior, bajo el punto de vista arquitectónico, ni es en rigor otra cosa que un edificio de aspecto agradable, perteneciente á ese género híbrido falto de carácter y originalidad que distingue á las construcciones contemporáneas, cuando no son copias raquíticas de tipos nada apropiados á las viviendas de nuestras ciudades; mas apenas se atraviesa el vestibulo, y dejando en el fondo el patio cubierto de cristales que ocupa el centro del palacio, se desemboca, despues de subir una elegante escalera de mármol blanco, en la galería *pompeyana*, que da entrada á los aposentos del piso principal: la admiración embarga justamente el ánimo ante el exquisito gusto y la magnificencia artística desplegadas en el adorno de todas sus habitaciones, que se ha llevado á cabo en su mayor parte con arreglo á los proyectos y bajo la dirección del reputado artista don José Marcelo Contreras.

Tanto la tapicería, que es obra de M. Baudevin, como la cristalería, fabricada expreso en el extranjero, y las alfombras hechas en los talleres de M. Stuick, corresponden en cada pieza al estilo general adoptado para su ornamentación, resultando de aquí un conjunto tan armónico y tan característico entre el decorado y sus accesorios, que constituye uno de los principales méritos de la obra, y basta á distinguirla de otras muchas en que la riqueza y el lujo no han sabido responder á las exigencias del arte.

En la imposibilidad de ofrecer á los lectores una minuciosa descripción dentro de los estrechos límites de este artículo, me concretaré á citar, como dignas de especial mención, las habitaciones siguientes:

La *antesala*, cuyo zócalo, entrepaños, puertas, chimenea, techo y marcos de espejos, tallados en pino viejo segun el gusto del renacimiento español, por el joven artista don Francisco Molineli, recuerdan las grandes obras de los tiempos de Berruguete y Felipe de Borgoña.

El *salon de baile*, época de Luis XIV. Toda la parte de relieve y escultura que adorna su bóveda, entre la cual figuran los bustos de Cervantes, Garcilaso, Herrera y Velazquez, que ocupan los nichos de los cuatro ángulos, está ejecutada por el mismo señor Molineli. El centro del techo, pintado al temple por el señor Contreras, representa á Apolo rigiendo el carro del Sol y rodeado por las Musas, y es digno de mencionarse por su agradable colorido. Los dos medios puntos que sobre la cornisa forma la bóveda en las paredes laterales los ocupan dos magníficos cuadros de los señores Sala y Domingo, notables ambos, y en especial el segundo por la franqueza de la ejecución, la grandiosidad del conjunto y la verdad de sus tonos.

Los gabinetes de Luis XV y del renacimiento italiano, situados á derecha é izquierda del salón, con el cual se comunican. Aquel es una verdadera joya en su género, tanto por el carácter general, como por la riqueza y exactitud de los detalles: en este juegan los mármoles con preciosas *loggias* rafaelescas pintadas sobre fondo de oro. En los techos de estas dos habitaciones se han colocado unas medallas de Rosales, representando el Baile y la Música, dignas del inspirado pincel del autor del *Testamento de Isabel la Católica*.

El *comedor*, estilo español del siglo XVIII, tallado en roble por Jorge. Los lienzos de las paredes y el centro del techo pintados por Contreras: en la escocia de relieve imitando talla hay diez y seis bodegones ovales pintados al óleo por el joven don Roberto Laplaza, que demuestran de lo que es capaz este artista,

cuyos primeros pasos auguran una larga serie de merecidos triunfos.

El gabinete llamado de los tapices, por cubrir sus paredes, tres originales de Goya, Bayeu y escuela francesa. El adorno de esta pieza corresponde al estilo neo-griego.

Y por último, la capilla ó pequeño oratorio del género bizantino, y la pieza de *música*, que pertenece al gusto del renacimiento.

Pero además de estos prodigios de ornamentación y decorado, el palacio de los Excmos. señores duques de Bailen guarda un verdadero tesoro de obras de pintura y escultura contemporánea, que forman indudablemente la galería más completa de nuestro país.

Entre las primeras, al lado de la *Presentación de Don Juan de Austria á Carlos V*, de Rosales; del *Quijote*, de Gisbert; del *Tocador pompeyano*, de Vera, y del *Marqués de Bedmar*, de Navarrete, conocidos ya del público por haber figurado en la última exposición, se encuentran: la *Visita de Fernando el Católico á su hija Doña Juana*, de Palmaroli, que es acaso una de las mejores producciones; los *Titiriteros*, de Domingo; *Non plus ultra*, de entonación y colorido; la *Visita*, de Casado; el *Fausto*, de German; *Una escena en el río*, de Tusquets; el *Aguila y los patos*, de Jimenez, el admirable pintor de aves; unas *Marinas*, de Monleon; los *Dos amigos de confianza*, en que Laplaza ha logrado dar á un cuadro del género Meissonier todo el jugo y toda la frescura necesarios, sin que se perjudique la minuciosidad de los detalles, y otros muchos que no recuerdo en este instante ni creo sería fácil enumerar.

Los escultores contemporáneos están representados por un *Trovador napolitano*, en bronce, de Suñol; por el Narciso; la *Santa Teresa* y el *Quijote*, en mármol, de Elias Martin; por un grupo de *Gallinas* y otro de *Cabras*, del célebre Barberini; por un busto del general *Castaños*, en bronce; por dos niños que representan la *Caza* y la *Pesca*, y por otras varias obras de menor importancia.

Hasta aquí la descripción del palacio.

No dirán los lectores que no he tratado de quitarles con la segunda, la mala impresión que hayan recibido con la primera parte de la revista.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de marzo de 1873.

## Las langostas en Argelia.

### PROCEDIMIENTOS EMPLEADOS PARA SU DESTRUCCION.

La invasión de las langostas, esa décima plaga que antiguamente cayó sobre Egipto, es uno de las azotes más terribles en las posesiones francesas de la Argelia. Afortunadamente, no todas las primaveras presentan el mismo grado de funesta intensidad los destrozos de esos insectos, pues su abundancia depende mucho de los fenómenos naturales que facilitan su procreación y desarrollo, y de los preservativos que hoy emplean las oficinas árabes y los indígenas para su destrucción.

En los últimos tiempos, el año 1867 ha dejado un recuerdo fatal del paso de las langostas por el Sahara argelino y el Tell. Su presencia fué una de las causas determinantes del hambre y de las epidemias de 1867 y 1868.

Desde entonces la plaga ha disminuido cada año y no ha caído en el Tell. Sin embargo, en 1870 llegó hasta los vertientes Norte del Atlas, y hubo que poner en movimiento á la mayor parte de las tribus del Sahara para combatirla.

La invasión de las langostas en la Argelia es de dos clases; unas veces vienen esos grandes insectos alados que nacen en las arenas del gran desierto y que caen en nubes compactas sobre el Sahara argelino, y otras nacen en el mismo territorio despues que esas formidables emigraciones han sepultado en el suelo los gérmenes de nuevas generaciones.

La hembra de las langostas aladas es mayor que el macho: tiene de siete á ocho centímetros de largo, y por excepción hasta diez ó doce. El macho, más delgado, tiene seis centímetros de largo. Su color es una mezcla de gris, amarillo y oscuro.

Provista de seis patas, cuatro alas transparentes y punteadas, y armada con vigorosas mandíbulas, esta especie, una de las más voluminosas en la clase de los insectos, encuentra en su sólida construcción los elementos más propios para su locomoción en la tierra y en los aires y para la desorganización de las plantas más resistentes.

Su vuelo parece dirigirse de un modo constante hacia el Norte, donde hallan una vegetación menos adelantada.

Cuando las langostas aladas descubren en su camino altas montañas, evitan sus crestas y se arrojan en los lados, á las hondonadas, para tomar luego otra vez su dirección primitiva. Tienen una tendencia instintiva á avanzar contra el viento. Un viento del Sur moderado favorece su marcha; pero cuando es violento les arrastra á las regiones aéreas y las precipita al mar.

Frecuentemente se divisa en el Tell, en medio de los aires, como una densa nube que pasa rápidamente y huye al Norte por detrás de las más altas cimas.

Es un huracán de langostas arrastradas por el siroco, tan numerosas; segun una metáfora bíblica, como las estrellas del cielo ó los granos de arena del mar.

Si el tiempo de la cópula no ha detenido su emigración hacia la región cálida de los oasis, tiene efecto en el Sahara argelino. Reúnense en masas compactas en torno de las zarzas de las matas de alfa, entierran sus huevos y perecen aniquiladas por el trabajo de la procreación.

El alfa, planta que forma parte de la flora del Sahara y de las altas planicies, cubre inmensos espacios. Enemiga del agua, esa yerba se eleva en muchos tallos; su pié tiene la forma de una enorme mata de cerca de un metro de circunferencia; se seca en junio y renace en noviembre. Esta yerba, producto textil de que los árabes sacan gran partido y que los europeos trasforman hoy en papel, es un elemento precioso en el desierto, pues sirve de combustible á las caravanas y también de forraje.

La langosta pone en un terreno arenoso y algo húmedo, hundiéndose hasta la mitad y depositando sus huevos á una profundidad que varía de dos á quince centímetros. Las que nacen más acá del desierto, se llaman comunmente saltamontes y se destruyen fácilmente; mas no así las aladas, que solo pueden cogerse de noche ó al rayar el alba, cuando las alas están entumecidas por la frescura matinal.

En los terrenos descubiertos, cuando se observa la llegada de las langostas, los indígenas apelan á un medio de destrucción cuyos resultados no son completos. Todas las tribus de los douars circunvecinos se reúnen antes del crepúsculo, meten en costales á los insectos y los entierran; pero se escapan millones de langostas.

Un expediente mejor es el de prender fuego á los llanos de alfa.

A veces sucede que las langostas aladas caen en los espacios invadidos por esta planta, cubriendo muchas hectáreas. Cada mata abriga centenares de insectos. Una cadena humana compuesta de 4,200 á 4,500 indígenas cerca el terreno infestado, y el fuego se prende á la vez en una circunferencia de muchas leguas. Venga de donde quiera el viento, las llamas se extienden en toda la superficie del círculo, y el enemigo perece.

Este incendio del desierto constituye un espectáculo grandioso que recuerda el dramático cuadro que el pintor de los *Mohicanos* nos ha trazado del incendio de la Pradera en el Nuevo Mundo. Sin embargo, en la Argelia ofrece un aspecto más fantástico por el número y naturaleza de los personajes que le animan.

Figurémonos al resplandor de los torbellinos de llamas esos albornoces blancos que se agitan, esas antorchas que se mueven velozmente, esos caballos espantados y los gritos enérgicos de los indígenas, los animales que saltan en el círculo incandescente y el denso humo que oculta á la vista el cielo tan puro y brillante de las noches argelinas, y se tendrá idea de esa especie de danza infernal, cuyo objeto no puede ser más filantrópico, puesto que asegura á las tribus del Sur el pan cotidiano. Así pues, cuando en los douars lejanos los indígenas distinguen en los límites del horizonte la línea fulgurante que les indica la exterminación de sus temibles enemigos, levantan las manos al cielo y exclaman:

— ¡Que Allah sea bendito! El mal desaparece y el bien estará en todas partes. F. DE L.

## Revista de Paris.

Gran solemnidad el jueves último en la Academia francesa. Era la recepción del duque de Aumale, llamado por los sufragios de los inmortales al sillón de M. de Montalembert, y no tenemos para qué decir si habria excitado la atención de los aficionados á estas ceremonias literarias, un acontecimiento de tan extraordinaria importancia. Con efecto, desde las nueve de la mañana las puertas de las tribunas estaban sitiadas por la escogida concurrencia que asiste á tales fiestas. Tres horas de espera recibiendo los rayos del sol de abril, que se hacían sentir aquella mañana, no arredraron á una porción de señoras que ocupan siempre como es debido, el primer lugar en estas brillantes reuniones. Como de costumbre, habia mas billetes que puestos disponibles, y la colocación de aquella multitud ocupó bien el tiempo hasta que aparecieron los personajes en escena.

Toda la familia de Orleans presente en Paris, se hallaba en la ceremonia: el conde y la condesa de Paris, el duque de Nemours y la princesa Czartoriska, el duque y la duquesa de Joinville, el duque y la duquesa de Montpensier. De los académicos no faltaba ninguno, y los diputados orleanistas abandonaron el jueves el salón de sesiones de Versalles por el hemiciclo del Instituto.

Pero hé aquí el momento solemne.

Llega el nuevo académico, que lleva bajo su casaca adornada de palmas verdes, el gran cordon de la Legion de Honor.

M. Guizot y M. Thiers le acompañan, el primero á su derecha,

Toda la concurrencia se pone en pié y se oyen algunos aplausos, aunque indecisos y discretos.

El duque de Aumale toma la palabra para leer su discurso.

Sabido es que la tarea del nuevo académico consiste en hacer un prolijo exámen de las prendas literarias de aquel cuya sucesion le ha correspondido, señalando de paso en su existencia privada y pública, todos aquellos rasgos que pueden contribuir á dar brillo y semejanza al retrato que se muestra siempre envuelto en la aureola del mas inalterable panegírico.

El duque de Aumale no ha faltado á la regla establecida, aunque para él á la verdad, era difícil.

Efectivamente, ¿cómo presentar los terribles ataques de Montalembert á la monarquía de julio? ¿qué barniz podía encubrir ó disimular aquellas calificaciones tan violentas del sistema de Luis Felipe, aquellas invectivas contra los ministros, los magistrados, la policía, que salieron de la pluma de Montalembert durante todo el reinado de los diez y ocho años?

El duque de Aumale ha sabido tomar en este punto un partido decisivo, haciendo abstraccion completa del fulminante adversario de su familia.

Con esta salvedad, su discurso reproduce la imágen mas exacta de los méritos y glorias del académico difunto.

El principio es notable, y desde luego se granjeó todas las simpatías.

« El 12 de junio de 1553, dice el discurso, los imperiales subían por tercera vez al asalto de Therouanne, la antigua ciudad de una de las mas belicosas tribus de la Galia y uno de los baluartes de nuestra frontera del Norte. Llegaban exasperados con una resistencia que no esperaban hallar en una plaza de las peor provistas. En lo alto de la brecha, en la primera fila de los sitiados, estaba un anciano mas que septuagenario, con el rostro descompuesto por la fiebre y la ictericia; era el comandante de la plaza, antiguo compañero del rey Francisco y de Bayardo. Con una pica en la mano esperaba al enemigo para recibirle, como en los dos ataques anteriores.

» En cuanto ve asomar por entre los escombros al primer enemigo, exclama diciendo: « A mí, á mí, capitán: yo soy el general. » Y casi seguidamente rodó al suelo de un tiro de arcabuz, cumpliendo así la palabra que habia dado al rey: « Señor, estoy muy enfermo; pero cuando sepais que Therouanne ha caído, decid sin vacilar que vuestro servidor... está ya sano: la señora ictericia no tendrá el honor de llevarme al sepulcro. »

Ahora bien, el defensor de Therouanne era un Montalembert. Diez y seis de sus descendientes murieron como él luchando por la patria.

Y despues de esta presentacion conmovedora, el duque de Aumale añade:

« La palabra de Montalembert era una espada: en todas las luchas parlamentarias demostró el valor y el arrojo que arrastraron á sus abuelos al combate, y así conquistó la fama que aquellos buscaron en la guerra. »

No cabe duda que tal fué el carácter distintivo de Montalembert: todos sus discursos, todos sus escritos atestiguan la exactitud del retrato.

Entrando en el análisis, el duque de Aumale ha insistido particularmente, en la adhesion absoluta á la causa católica, y en la constante pasion á la libertad de que hacia gala al mismo tiempo el conde de Montalembert; y para poner de relieve estos sentimientos, examina detenidamente todas sus obras.

Su infancia en Inglaterra, las cartas que escribió á los diez y siete años, su amor al estudio, forman como si dijéramos en este cuadro, el boceto del futuro orador y del futuro político.

Desde luego se observa ya la manifestacion de su idea permanente, la eterna regla de su conducta, la alianza de la libertad y de la religion; queria, como su amigo Lacordaire, que se fortificasen la una con la otra.

El discurso del duque de Aumale, se extiende largamente en demostrar que Montalembert no era el hombre del pasado, como han creído muchos; que no soñaba en la quimérica vuelta del antiguo régimen, ni en la creacion de un gobierno aristocrático de ninguna especie.

Lacordaire le reconvenia una vez porque se inclinaba al antiguo sistema de gobierno, y él contestó:

— ¿Os acuso yo de que os proponeis restablecer la Inquisicion, porque vestís el hábito de dominico?

La fe política de Montalembert se encuentra en las siguientes líneas de sus obras que cita el discurso:

« Creo en el derecho y en el valor del hombre independiente y del hombre de bien. Estoy por el sistema en que ese hombre de bien, significa algo y puede, á su costa y riesgo, hacer frente á la mentira y al mal, al poder como á los facciosos; sistema en que no todos los que quieren brillar y figurar, se ven en la precision de humillarse ante la corte ó ante el motin, ni á inclinarse ante un hombre ó una multitud, ni á pasar constantemente del club á la antesala. »

Sin embargo, el duque de Aumale no puede echar en olvido sus juicios mas que severos sobre la revolucion francesa; y efectivamente, reconoce que era implacable

con los hombres que « soportan gustosos el yugo despues de haber roto el freno. » El mayor de sus crímenes, añade Montalembert, es el de haber hecho aborrecible la libertad; el de haber comprometido, ó quebrantado, ó aniquilado en los corazones esa noble creencia, haciendo retroceder así á la humanidad. »

Con razon dice el discurso, que seria imposible seguir á M. de Montalembert en todos los debates en que ha tomado parte; y así es que se limita á fijar algunas de sus opiniones, tratando de buscar el lazo que las unia bajo las variaciones de la forma.

Es todo lo mas que un académico, que hace forzosamente el elogio de su antecesor, se permite en punto á crítica.

Con efecto, ¿cómo explicar que Montalembert saludase un día el levantamiento de Italia, y al día siguiente, reclamara casi una intervencion armada en Suiza?

La política de equilibrio que en estos últimos tiempos se ha puesto tan en moda en las naciones de raza latina, es la única explicacion que puede darse de tales contradicciones en los hombres mas eminentes.

El duque de Aumale hace un bello exámen de las dos principales obras de M. de Montalembert, la *Vida de Santa Isabel*, escrita á los veinte y cinco años, en la cual, « bajo la influencia de una vaga melancolia, resumió la poesia católica del dolor y el amor, » y los *Monjes de Occidente*, estudio considerable que comenzó en su adolescencia y en el que trabajaba aun la víspera de su muerte. En esta última produccion, fruto de un trabajo inmenso, presenta al lector un cuadro de la renovacion social del mundo, un capítulo de la historia de la civilizacion que se manifiesta por la accion de la Iglesia.

El discurso concluye aquí, con un gran elogio de esta obra que, verdaderamente se considera como un monumento.

La suerte habia designado á M. Cuvillier-Fleury para contestar al duque de Aumale, y la contestacion no merece del primer discurso en valor literario. La tarea de Cuvillier-Fleury, era sin embargo, mas escabrosa; pues debia retratar en su obra dos caracteres muy distintos, el del duque de Aumale y el de Montalembert, segun lo quiere la regla establecida.

Preceptor del duque en su juventud, comienza por iniciarnos en la educacion clásica, que ha servido de fundamento á la erudicion literaria é histórica que le ha valido la entrada en la Academia.

Una observacion interesante y oportuna.

M. Cuvillier-Fleury nos dice que no es la primera vez que la Academia francesa abre sus puertas á un príncipe de sangre real; muy al contrario, hubo una época en la que la dirigieron muchos epigramas por la facilidad con que recibia á los que no usaban plumas mas que en el sombrero.

En 1754, se presentó un príncipe á los sufragios académicos, el conde de Clermont, que fué elegido y compuso su discurso; pero no le pronunció nunca.

Otros son, á la verdad, los méritos del duque de Aumale; sus escritos publicados en la emigracion, habian llamado hacia tiempo, dice Cuvillier-Fleury, la atencion de la Academia. Los primeros, dados á la estampa en Inglaterra, forman una coleccion de opúsculos muy apreciados por los aficionados á la erudicion curiosa y á la arqueología original. Entre otros, señala las « Notas sobre dos pequeñas bibliotecas del siglo XV; las Notas sobre la cautividad del rey Juan, Isabel de Limeuil, el Inventario de los muebles del cardenal Mazarino, etc. » Las obras importantes del duque de Aumale, son la *Sétima campaña de las Galias* y la *Historia de los príncipes de Condé*. La primera tenia por objeto, como es sabido, la discutida cuestion del sitio de Alesia, asunto tratado detenidamente por Napoleon III, y que no aparece esclarecido todavía.

M. Cuvillier-Fleury, juzga de este modo al historiador, cuyas obras examina:

« Contais la historia como un hombre que ha hecho la guerra, y que se ha visto mezclado, á veces á pesar suyo, en la vida política. Se ve en vuestro trabajo la experiencia, no la pasion. No evitais nunca el juzgar á los hombres, sean quienes fueren, por flaqueza de parentesco ó por complacencia de Borbon. »

» Pero, ¿qué acento, hasta en la sobriedad á veces demasiado técnica de vuestras relaciones! ¡qué admiracion por el heroismo del guerrero! »

Otra obra se cita tambien, y es la que se intitula: *Instituciones militares de la Francia*, dada á luz despues de la batalla de Sadowa.

En la opinion de Cuvillier-Fleury, esta habria debido contribuir á evitar los desastres que hoy deplora la Francia.

El ministro de la Guerra, el entendido y sabio mariscal Niel, supo apreciar todo lo que valia. Todos los hombres competentes la elogiaron. No la faltó ningun triunfo si no es el « de haberla aplicado como tantos otros consejos » que se dieron en balde.

M. Cuvillier-Fleury, concluye recordando el arranque patriótico del duque de Aumale, que á la noticia de los desastres de la Francia, se presentó á solicitar servicio en

el ejército despues del 4 de setiembre, y sobre la negativa del gobierno, debió regresar al destierro triste y desconsolado.

La segunda parte de este discurso se refiere al conde de Montalembert, á quien califica de justiciero á nombre del derecho público. M. Cuvillier-Fleury le proclama como el defensor mas valiente que ha tenido la verdad á la faz del mundo. Por lo demás, se atiene al retrato trazado por el duque de Aumale, retrato que considera eterno, porque se marcan en él con mano segura los grandes rasgos de su robusta y original naturaleza.

Tales fueron los dos discursos que se pronunciaron y se aplaudieron repetidas veces en la sesion del juéves último, que hará época en los anales de la Academia francesa.

MARIANO URRABIETA.

### La exportacion de mujeres en Atschin.

El mismo dia en que M. de Blussé dirigia al ministro una pregunta relativa á la expedicion de Atschin, leí en *Der Vaterland* que la tal expedicion tenia por objeto impedir la trata, pues el estimable periódico añadia que los habitantes de Atschin hacen una gran exportacion de mujeres.

— ¡Exportacion de mujeres! ¿Puede creerse que en el siglo XIX haya paises en los que se compran esas deliciosas criaturas, como nosotros una pava ó una gallina?

Queriendo saber á qué atenerme, fui á visitar al mayor Van K... mi antiguo amigo.

Es un hombre excelente si los hay. Veinte años ha pasado en el ejército de la India: es alto, grueso, encarnado, tiene el cabello blanco y la dentadura negra, fuma veinte cigarros al dia y conoce las cosas de la India admirablemente.

— El reino de Atschin, me dijo, es un pais desconocido. Los malayos apenas le visitan, y en cuanto á europeos solo se encuentran por alli algunos comerciantes; sin embargo, yo conozco el pais por una causa accidental, y pasé tres dias en el puerto de Atschin. Sus habitantes son hospitalarios. Confina con nuestras posesiones de Sumatra. La parte Sur del reino se halla por explorar todavia, y en la del Norte hay algunas radas bastante seguras y algunos puertos bastante comerciantes. Como se vende alli mucha pimienta, arroz y café y se encuentra tambien oro en polvo, se ha deducido que en el interior del pais debe de haber vastos cultivos y arenas auríferas.

— Sin duda, la lógica lo quiere así; pero ¿no se exporta otra cosa de Atschin?

— Esperaba la pregunta, dijo riendo el mayor. Sí, señor curioso, tambien se exportan mujeres.

— ¡Ah! ¿Y cómo se hace ese comercio?

Aquí el mayor abrió ojos tamaños, y contestó:

— Como todos los comercios del mundo, como en Africa se exportan caballos y en Francia carneros. Llamán á las muchachas al punto de embarque, les dan cabida en una embarcacion y las envian á Africa, al Asia ó á otro punto cualquiera donde las piden. Yo he oido decir que en Francia hay hombres que se ganan tres mil libras de renta criando conejos. En Atschin crian muchachas; ahí teneis toda la diferencia... Pero si quisiéramos buscar bien, sin salir de Europa...

— Cierto es, mayor, que buscando bien, siempre se encuentra algo. Pero ya que todo esto os parece tan natural, ¿cómo es que el gobierno neerlandés se ha decidido á emprender una expedicion para impedir esa clase de industria?

— Es porque las gentes de Atschin no son razonables. Hay años en que la cosecha es corta; y en vez de ayunar un poco esos años, vienen á nuestras tierras, y roban las jóvenes indígenas, lo cual ha concluido por ser intolerable.

— Comprendo. ¿Y las mujeres exportadas son bonitas?

— Eso no: son raquíticas, de color amarillo, capaces de dar un susto al mas pintado; tienen el tipo malayo, entre negro y chino.

— ¿Y cómo explicáis pues?...

— ¿Los pedidos? Veo que sois curioso con exceso, dijo riendo el mayor; si únicamente las mujeres bonitas debieran encontrar marido, ¿qué seria del mundo? Además, acordaos del proverbio: Sobre gustos no hay nada escrito... Pero quizás yo soy demasiado severo: juzgad por vuestros propios ojos. Hé aquí un album en el cual he trazado yo algunos tipos.

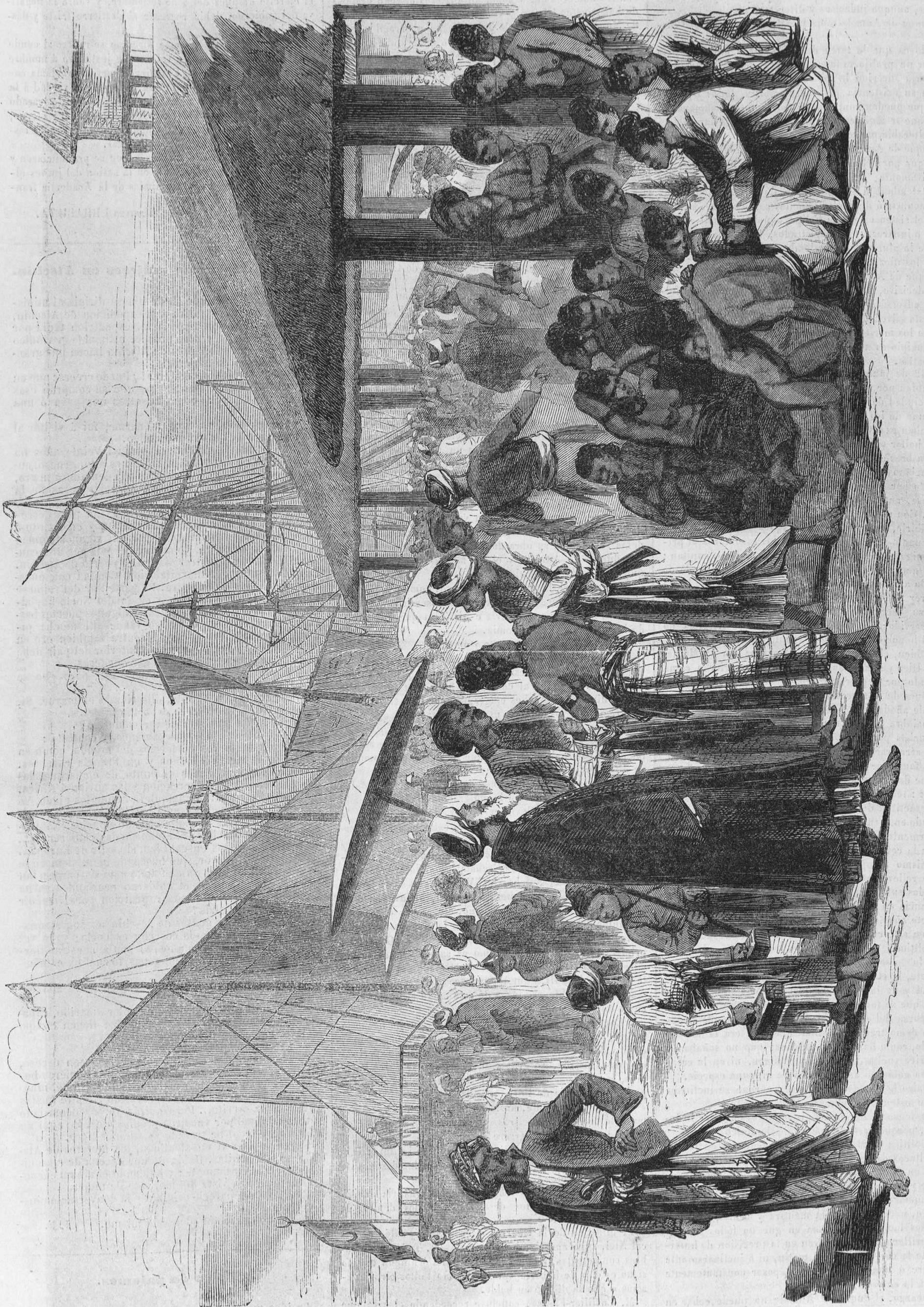
Segun lo que vi en el album, las mujeres de Atschin no son bonitas. Habia alli una docena de ellas dibujadas cuidadosamente; y hojeando el album encontré tambien una vista del mercado de mujeres.

El dibujo me pareció original y la conversacion instructiva.

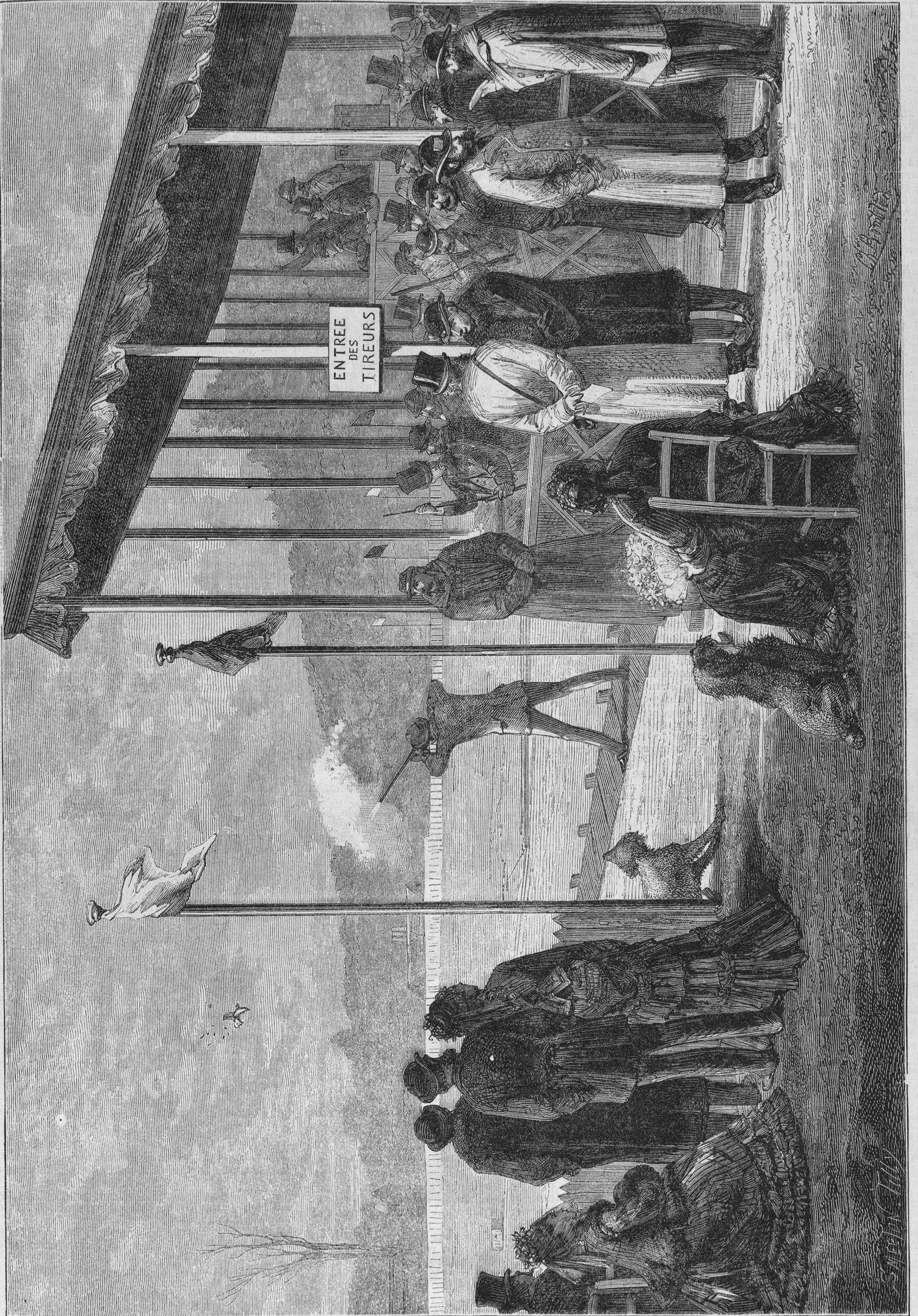
Deseo que el lector piense lo mismo. J. F.

### El tiro de palomos.

La idea que ha dado origen al tiro de palomos, es de una lógica rigurosa, como todas las que proceden de ese espíritu de observacion que no puede negarse



EL MERCADO DE MUJERES EN ATSCHIN (Sumatra).



EL TIRO DE PALOMOS EN LA MARCHÉ (Cercanías de París).

á los ingleses, pues cualesquiera que sean la habilidad y la precision en el tiro de un cazador, cuando pasa á la práctica deberá tener muy presente la sorpresa y aun la emocion que causa siempre la aparicion de las perdices al elevarse tumultuosamente á su alrededor, y que necesariamente habrá de influir en el resultado. Conservar su sangre fria, echarse á la cara la escopeta con prontitud, sin que por esto se precipite demasiado, juzgar las distancias, calcular el alcance, y hacer fuego en el momento en que la pieza se presenta delante del punto de mira, esto constituye un arte que no se aprende sino al cabo de una larga práctica.

El tiro de palomos tiene, pues, por objeto, familiarizar al tirador con los casos que no pueden preverse; acostumbrarle á esa apreciacion neta y espontánea de las distancias; á la agilidad en la punteria y á la precision en la mirada; y para conseguir todo esto no hay verdadera escuela de caza posible.

El mejor teatro de un tiro de palomos es un llano cubierto de yerba, teniendo en medio una pequeña altura, con el objeto de forzar al palomo á elevarse á su salida. Una casita mas ó menos elegante y abierta en su fachada principal sirve de sala de armas y de retirada en caso de mal tiempo. Delante de la fachada se encuentra una esplanada, las mas de las veces entarimada y con postes que indican las distancias, y sobre la cual se coloca el tirador.

El juego se compone de seis cajas de hierro agujereadas y colocadas en forma de abanico, á cuarenta ó cuarenta y cinco pasos (léase *yardas*) de la casita. Estas cajas están provistas de bisagras y colocadas de modo que puedan abrirse por sus cuatro lados, cayendo al suelo cuando se quiere, y dejando por consiguiente al palomo al descubierto. Al efecto una cuerdecilla unida á la anilla de la tapa de la caja, sirve para volcarla; cada una de las cuerdas está colocada sobre garruchas de cobre, viniendo á formar todas como un haz que va á poder de un hombre que se coloca detrás del tirador, y que segun las órdenes que recibe de este, por medio de un tiron abre una caja.

Las escopetas que se emplean en el tiro de palomos varian de calibre; los gruesos números pasan por tener sobre los medianos una ventaja notable para algunos aficionados, que les conceden la preferencia. Creemos sin embargo que debe preferirse un calibre mas moderado, el 14 por ejemplo, pues á la vez que apenas reclusa, se maneja con mas facilidad. El palomo ofrece una caza singular, pues es enérgico y de gran resistencia; y además, no basta matarle, sino que es preciso que caiga dentro del circuito reglamentario; y si bien en el caso contrario la gloria del tirador quedaria á salvo, perderia la partida.

En general se emplean perdigones del número 6. Teniendo el lector á la vista el teatro completamente adornado, solo nos queda poner en accion los personajes.

El tirador, con su escopeta en la mano, se coloca sobre la pequeña esplanada de que acabamos de hablar, á la distancia que las condiciones le impongan. Esta distancia es de veinte á cuarenta yardas.

Si mata dos palomos de tres, á cuarenta yardas, se le clasificará en seguida entre los tiradores de primer orden. Treinta yardas, veinte y cinco metros próximamente, constituyen una bonita distancia para la generalidad de los mártires.

El tirador está, pues, en su puesto; arma su escopeta, se coloca perpendicularmente, dirige la vista á todos los puntos del horizonte que tiene á su frente, levanta el arma, y por último vuelve á asegurarse sobre su base. Durante estos preparativos, los espectadores, que momentos antes hacian un ruido infernal, observan el mas completo silencio.

De repente, con una voz firme y alguna vez ligeramente alterada, el tirador grita *pull*. Esta palabra vibra todavía, cuando el *puller*, tirando de una de las cuerdas, voltea la caja, oyéndose un ruido seco, y el prisionero avanza á remontarse en los aires.

No se trata de esos huéspedes perezosos de nuestros palomares, sino de un bravo palomo de alguna granja de Briard, y que aspira no solamente al amor de su independencia, sino á reunirse con alguna dulce compañera. Al verse en libertad, surca los aires con rápido vuelo; y aun su matador no le habrá apuntado, cuando ya se encontrará á mas de una docena de metros.

Al fin se oye un tiro, y bajo el mortífero plomo una parte de su plumaje se esparce en los aires en forma de blancos copos; pero el plomo sigue su camino. Otro tiro resuena en el espacio: otra vez le ha alcanzado; el pobre animal, con sus alas ya inertes, baja, y solo le sostiene la fuerza de proyeccion. Un sordo murmullo circula entre los concurrentes, dudando si caerá. Por fin cayó dentro de los límites, con gran satisfaccion del tirador. El tiro ha sido bueno, y el marcador le pasa al activo del matador, mientras el encargado de recoger la víctima sale en su busca.

El pequeño drama suele terminar en el primer acto, en que el palomo queda herido en el momento mismo de lanzarse en los aires, cayendo á pocos pasos de la caja.

Este ejercicio está tambien sujeto al azar, porque los palomos blancos y los grises son mas fáciles de herir, mientras que los azules y los de color oscuro ofrecen menos puntos de mira. Además, su vuelo presenta una notable diferencia, que tiene grande importancia, pues algunas de esas aves, sea que se hallen

espantadas ó mas cansadas, no echan á volar en el mismo momento en que cae la caja, y otra, aunque en casos muy raros, dirigen su vuelo sobre el tirador. El que mata al palomo con el plumaje intacto, puede considerarse como un héroe, pues es muy rara semejante hazaña.

G. DE CH.

### El manuscrito de un loco.

(LEYENDA.)

(Continuacion. — Véase el número 1,037).

— Apuré el veneno, siguió Lucila con voz tranquila y reposada, y nada supe de mí... nada... ignoro el tiempo que permaneci insensible... Desperté en un lecho angosto y duro, esparci la vista á mi alrededor y vi muchos otros lechos como el mio. Me creia presa de un sueño horrible y principié á dar voces... Una mujer se me acercó.

— ¿Dónde estoy? grité.

— En el hospital, me dijo la mujer.

— ¡En el hospital! ¿Y quién me ha traído aquí?

— Ayer os trajeron, no sé de dónde.

Estaba muy debil, y una opresion al pecho que experimenté me privó de la poca razon que me quedaba.

Al dia siguiente... no recuerdo bien si fué al dia siguiente, Julian... un dia en que acababa de despertar, se acercaron dos jóvenes á mi lecho. Hablaron un momento, al parecer sobre mi enfermedad, despues me dijo uno:

— Animo, muchacha, ya estais fuera de peligro, y si mañana tenéis tan buen dia como hoy, no permaneceréis mucho tiempo aqui. El veneno que habeis tomado no era de los mas activos.

— Y habeis escapado por casualidad, añadió el otro; ya estábais desnuda sobre el mármol cuando conocimos en vos resto de vida, y mediante una operacion bien dirigida, os encontráis en este estado.

— Conque, siguió el primero, es preciso que os restablezcáis para que nos pagueis este servicio, pues nos debeis nada menos que la vida. Nosotros somos practicantes en medicina, en el gabinete de historia natural... somos excelentes muchachos, nos gusta la buena vida, y si vos haceis un esfuerzo para sanar... ya vereis...

¡Ah, Julian, suponed cuánto debía sufrir al oír semejantes razones!...

¡Tanto, tanto he sufrido, que ha habido momentos en que he dudado hasta del mismo Dios!

Permaneci en el hospital mucho tiempo, y siempre oía de los practicantes proposiciones infames.

En vano preguntaba por vos y por mi esposo, nadie me daba razon.

¡Ah, no quisiera recordar esas noches de insomnio y de crueles angustias!

A mi pesar traía á la memoria todas aquellas personas queridas, y lloraba desesperada.

— ¡Ah, nadie, nadie viene á verme, me decia, ni aun Julian, tambien me abandona!

— Basta, Lucila, no prosigas, dije sollozando, bien sabes que jamás te has apartado de mi corazon, y que tú has sido el único Dios que he adorado sobre la tierra. ¿Sabes dónde despertaba yo cuando tú despertabas tambien en un hospital?... En una casa de locos, ¡Lucila!... En una casa de locos, con mis miembros sujetos por fuertes correas y pronunciándome á gritos tu nombre... ¡Ah! te hubiera buscado hasta encontrarte, pero... no podia...

— Soy muy injusta con vos, Julian, os ofendo sin quererlo.

— Prosigue.

— Un dia volvió uno de los practicantes y me dijo:

— Ya estais buena, debeis salir hoy, el aire exterior os sentará mejor. Tal vez no tengais donde vivir...

— Así es la verdad, caballero, le dije.

— Yo habia previsto esta circunstancia, y os he arreglado un aposento donde estareis con toda comodidad; pero solo yo debo entrar y...

— Gracias, caballero, le respondí con energía, tengo parientes donde ir.

— ¡Bah! si es así, antes de salir debeis pagar los gastos de curacion.

A semejante respuesta creí perder los sentidos. No tenia absolutamente nada para satisfacer esos gastos.

Y en caso de salir me era necesario implorar la caridad pública.

— ¿Qué resolveis? me dijo el practicante, ¿admitís mis propuestas?

— No, caballero, le respondí con prontitud.

El practicante habló algunas palabras con la mayordoma, y se fué arrojándome una mirada de furor que me dió miedo.

La mujer se acercó á mí y me dijo:

— Hoy podeis salir si pagais vuestros gastos.

— ¡Ah! señora, le dije, nada poseo.

— ¿Teneis parientes?

— Sí, murmuré.

— Ellos pagarán por vos.

— No están aquí...

— ¿Dónde están, pues?

— Muy lejos.

— Escribidles.

— ¡Ah! señora, por favor...

— Nada puedo hacer por vos, hija mia. Si no tenéis con qué pagar, servireis algun tiempo en el hospital.

¡Ah, Julian, cómo tendria valor para escribir á mi madre!

Me resolví pues á servir en el hospital.

Pasé mucho tiempo en esa triste ocupacion adonde me habia conducido mi desgracia.

¡Cuánto sufrí en ese tiempo...

Mi porvenir se presentaba tan sombrío y triste como el último dia de un reo condenado á muerte.

¿A quién dirigirme cuando saliera del hospital?

Aceptar proposiciones como las de los practicantes.

¡Ah! Dios mio, vos sabeis cuánto me repugnaba... me era preferible la muerte.

Salí de allí, Julian, despues de haber servido cerca de siete meses, temblando de frio, porque solo tenia un pequeño pañuelo que cubria mis hombros, y me dirigí á la casa de locos.

¡Iba á ver á mi pobre esposo, Julian!

Pero supe que hacia pocos dias que habia salido.

¿Qué hacer? Llena de desaliento, apenas tuve tiempo de llegar á una granja vecina donde me acogieron por caridad.

— ¿Y en la casa de locos, interrumpí yo, no preguntaste por otra persona?

Lucila guardó silencio un instante, despues añadió:

— No, Julian, no conocia á nadie mas.

— ¡Oh, yo, grité, yo tambien estaba allí!

— No lo sabia, murmuró ella con desaliento, y con un rico pañuelo se enjugó las lágrimas; mas bien así, añadió despues.

— ¿Y por qué?

— ¡Ah! Julian, vos lo sabeis demasiado.

— Teneis razon, dije despues de un momento, mas bien así; pero yo, Lucila, soy quien debe alegrarse de ello. Estaba alucinado, así lo decia un médico, y era preciso creerle... Además, te creia muerta, porque yo te habia visto morir... ¡Oh! hubiera sido terrible para mí tu presencia en esos momentos, y... mas bien así.

¿No es verdad?

— ¡Ah! no sé, Julian, qué responderos.

— Adios, Lucila, dije levantándome del asiento por un movimiento espontáneo.

Lucila se puso de pié, y con el ademan de una reina ofendida me dijo:

— No os ireis, Julian, yo lo quiero. Sentaos.

Y cai desplomado en el asiento como fascinado por el aspecto de Lucila.

— Julian, ya no me amais como antes, me dijo.

Yo me estremeci.

— Es verdad, le respondí, solamente veo en tí el reflejo de otra mujer. Nuestro amor seria muy criminal, y es preciso que me separe de tí, porque estando á tu lado me siento débil. Haz cuenta que no me has visto. Yo no soy el Julian de otra época, como tampoco tú eres Lucila. Mi corazon ha cambiado tanto como mi fisonomia. Como esta será probablemente la última vez que nos vemos, te diré que he cumplido con el juramento que te hice de velar por tu esposo...

El está á mi lado, te ama con delirio; ya ves, Lucila, que hay un abismo entre ambos... Ahora, ¡adios para siempre!...

— ¡Mi esposo! gritó espantada Lucila, y cayó anoadada.

Yo habia hecho un poderosísimo esfuerzo para hablarle así.

Ya estábamos separados unos de otros con semejante revelacion.

Y salí sin mirarla.

### QUINTA PARTE.

#### LA MANO DE DIOS.

#### I.

Al llegar á la puerta, sentí la voz del conde de Pamerl que decia al portero:

— Cierra la puerta, quiero saber quién da conversacion á Carolina.

Y sentí que tras él, el portero cerraba la puerta.

El conde pasó cerca de mí, sin verme, pues me habia colocado en un ángulo del pasadizo y le seguí á corta distancia.

El conde entró y yo me oculté tras las cortinas de terciopelo de las puertas del salon.

#### II.

El de Pamerl estaba visiblemente desasosegado.

Al entrar, distinguió á Lucila que aun permanecia anoadada, por mi declaracion, en el divan.

— Señora, le dijo acercándose, ¿con quién habeis estado hace un instante? ¿No me respondeis? añadió tomándola por un brazo.

Lucila murmuró algunas palabras incoherentes como quien despierta de un sueño, y dijo, acercándose al conde:

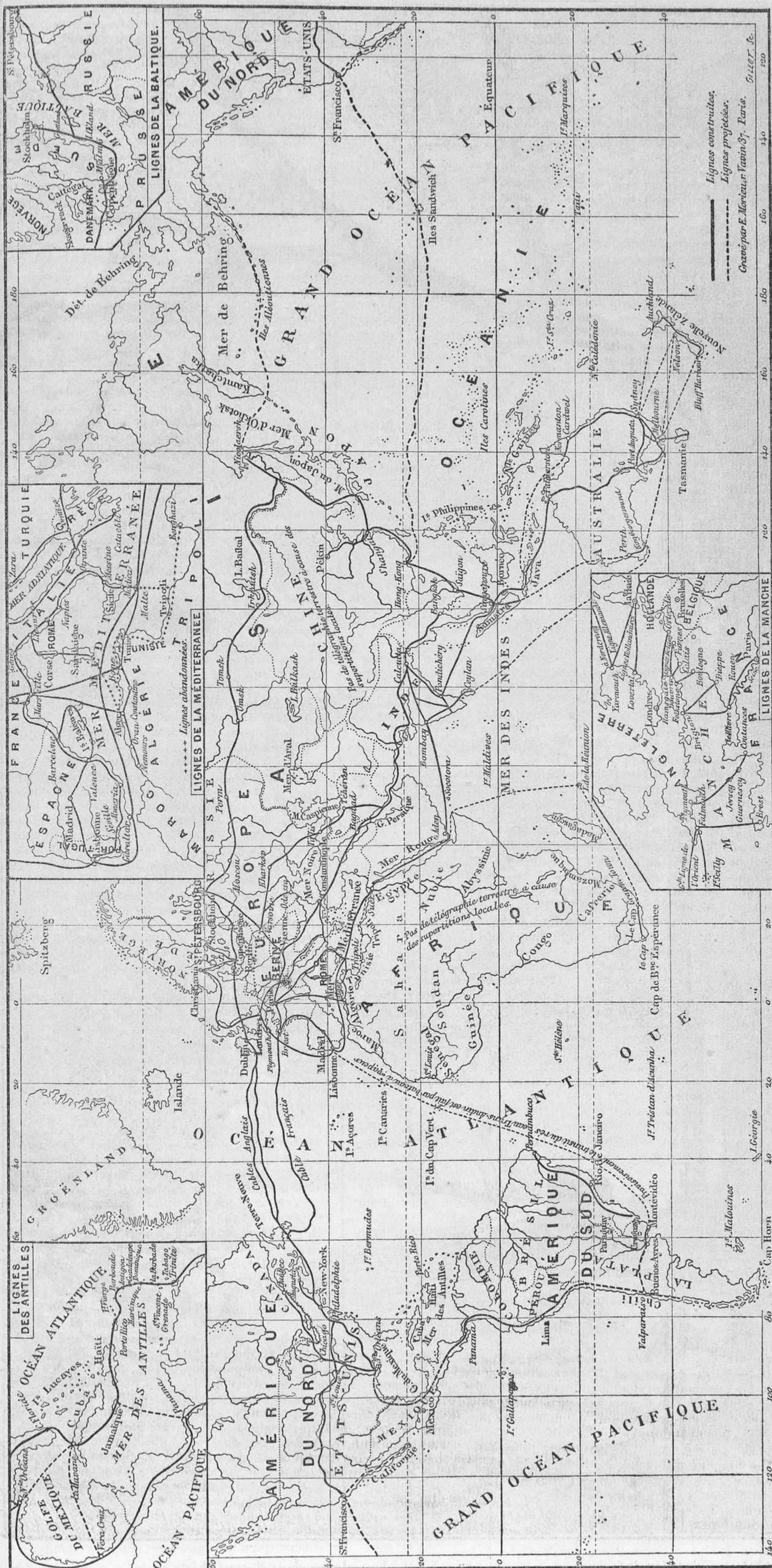
— Julian ¡ah! Julian, ¿con que es verdad que mi esposo está aquí?

El rostro del conde se puso livido.

— Señora, yo no soy Julian, ¿no me conocéis?

Lucila abrió los ojos y reconoció al conde.

(Se concluirá.)



Mapa de la red telegráfica para poner en comunicación las diferentes partes del mundo.

El telégrafo sub-marino.

M. Brett solicitó en 1847 la competente autorización del gobierno francés para establecer un cable que uniera la Francia á la Inglaterra; pero fué desestimada, sin que sepamos las razones que se adujeron para tomar semejante resolución.

Solo bajo el reinado de la República francesa tuvo lugar la experiencia decisiva, y se cambiaron los primeros telégramas. Todavía el golpe de Estado no habia tenido efecto cuando M. Arago participaba á la Academia que los abismos del mar estaban dominados.

La Mancha es digna de haber servido de teatro á esa experiencia histórica, pues en la actualidad ya la surcan mas de trece líneas diferentes.

No queremos fatigar á nuestros lectores enumerando todas las tentativas que se hicieron para el establecimiento de los telégrafos submarinos; pero si haremos notar que la primera línea que se formó fué reemplazada por dos cables que partian de Marsella y que unian, uno á Bona y el otro á la Argelia; y que bajo el imperio francés se estableció otra desde Balaclava á Varna, que funcionó durante la guerra de Crimea.

Aunque M. Cyrus Field acaba de llegar á Europa, segun vemos en el American Register, no intentaremos resumir el gran drama científico que empezó en 1837 y que termina con los tres cables que unen el antiguo y el nuevo mundo.

Merced á la electricidad sub-marina, ya los chinos no podrán crear obstáculos á las comunicaciones telegráficas internacionales; y á pesar de los hechiceros y los astrólogos, las costas del Celeste imperio dan ya á los cables una hospitalidad que un pueblo fanático, estúpidamente entregado á sus mandarines y á sus emperadores le rehusan con obstinacion, pues descendiendo los cables á grandes profundidades, los únicos enemigos, tal vez invencibles, son los hielos que descienden de los polos y los corales que se encuentran en el fondo de algunos mares. Así que es de temer que el telégrafo de Behring no pueda colocarse, y que el costanero de la Argelia no se restablezca.

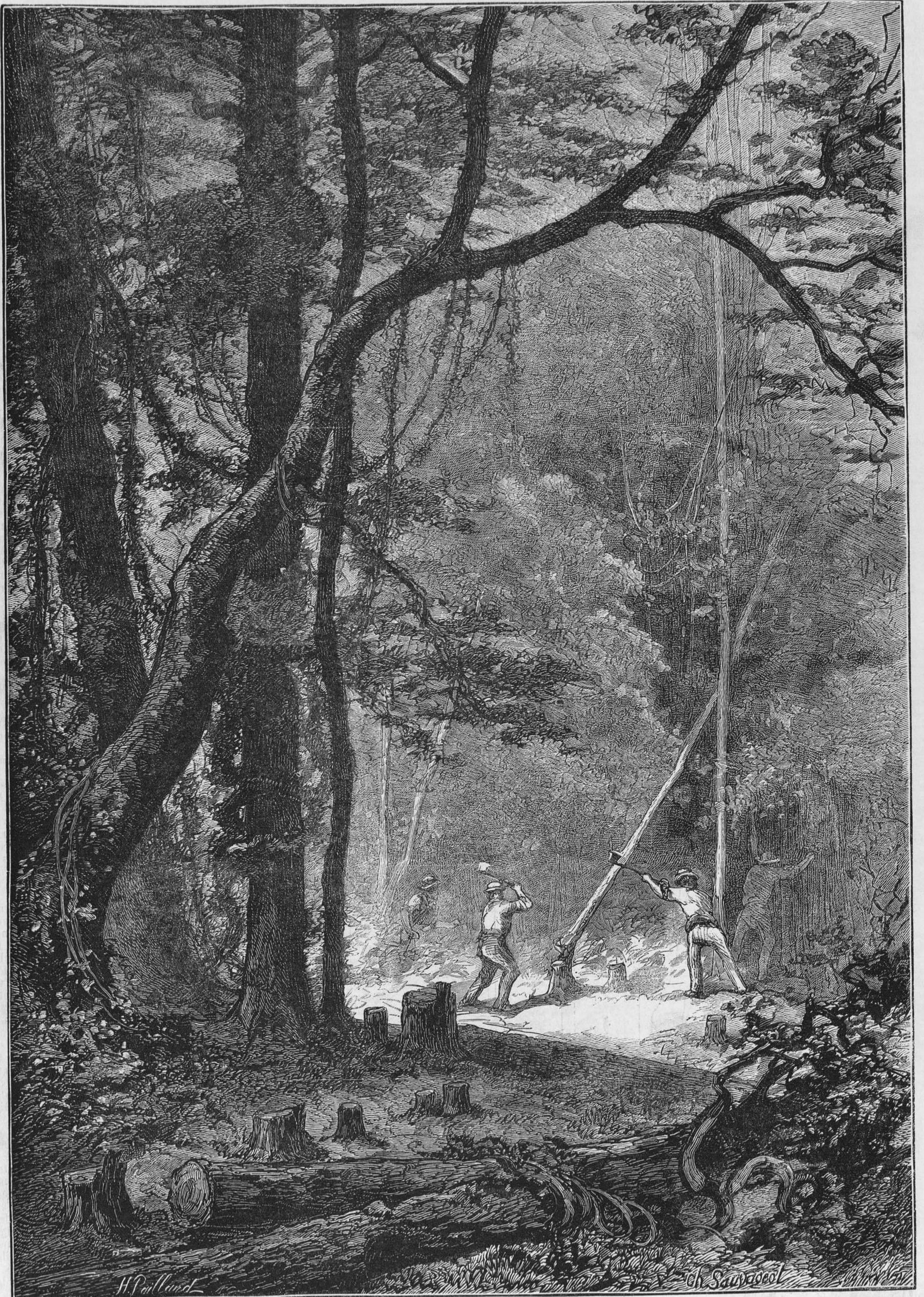
Hace ocho dias concebiamos la esperanza que la vuelta eléctrica de la tierra se realizaria muy pronto; pero con sorpresa acabamos de leer en la Tribuna de Nueva York que el Senado de los Estados Unidos ha interpuesto su veto.

Felizmente el gobierno portugués se ocupa en llenar el gran vacío que existe de Lisboa á Rio-Janeiro, pues actualmente se está fabricando en Inglaterra un cable con un gran esmero y una perfeccion ideal, construyéndose á la vez un inmenso navio de vapor, otro Great-Eastern perfeccionado, adaptado á la colocacion de grandes líneas sub-marinas.

Actualmente el Brasil no está solamente aislado, pues pertenece todavía á la red que reúne Montevideo, Buenos-Aires y Valparaiso, y es de esperar que el futuro cable de la América del Sur hará de Rio-Janeiro una de las estaciones de la red universal, pues la línea de Montevideo á esta capital no tardará mucho en quedar establecida.

El desarrollo de las redes eléctricas produce en todas las naciones del mundo efectos los mas sorprendentes, pues en el Canadá, en ese pais de los inviernos interminables, que Voltaire llamaba hace un siglo el de los Iroqueses y de los Hurones, se juega al ajedrez á 300 kilómetros de distancia, empleando el telégrafo eléctrico para transmitir las jugadas.

Respecto á los aparatos destinados al servicio de las líneas, observamos que el telégrafo de Thompson



H. P. ...

Ch. Sauvageol

TELÉGRAFO AUSTRALIANO. — Colocacion de la línea telegráfica al través de las selvas vírgenes de la Nueva California.

ESTUDIOS SOBRE LOS SENTIDOS, POR BERTALL.



La vista.



El olfato.

está reservado para las líneas sub-marinas; el de Hughes ha tomado posesión de todas las líneas terrestres internacionales; y el de Morse está ya relegado en las de segundo orden, y su predecesor, el telegrafo cuadrante, solo está en uso en las líneas vecinales de la electricidad.

El número de estos últimos es inmenso en algunos países, particularmente en Inglaterra, en que las cifras de los telegramas excede de 300,000 por semana.

La mayor parte de las líneas de la red marítima pertenecen á compañías subvencionadas y vigiladas por los respectivos gobiernos de los puertos de expedición, y casi todas las terrestres son explotadas por las diferentes potencias propietarias del terreno que recorren. En las grandes poblaciones el servicio eléctrico está unido á un nuevo órgano de trasmisión que describiremos otra vez; es la canalización por medio de tubos neumáticos.

A pesar de que todas las potencias se pusieron de acuerdo para la formación de reglamentos internacionales, puede decirse que existen dos ritos: el americano y el del antiguo continente.

La unidad de legislación, de jurisprudencia y de reglas técnicas está asegurada por un congreso que se reúne cada tres años. El último tuvo lugar en Roma, habiendo sido admitido el Japon á título oficioso. La próxima asamblea se reunirá el año próximo en San Petersburgo.

Todos los gobiernos han contribuido á crear en Berna una oficina permanente, de modo que la capital de la mas antigua República es al mismo tiempo la de la electricidad.

W. DE F.

## Velazquez.

(Continuacion. — Véase el N.º 1,037).

Aunque Velazquez hubiera aprendido sus conocimientos técnicos de estos maestros, hizo lo que todos los grandes pintores, que fué aplicar los conocimientos recibidos á su manera propia y á la inclinación de su genio. Tomó de sus obras aquello que consideró necesario, pero buscó en la naturaleza sus modelos y sus inspiraciones. Segun dice Pacheco, «sintió Velazquez desde el principio que la naturaleza debia ser su principal maestro y juró no dibujar ni pintar cosa alguna que no tuviera delante,» y mientras estuvo en su estudio dibujó con esmero animales, pájaros, pescados, frutas, flores, vasijas de barro para agua, y vasos de formas curiosas y de un aspecto morisco, semejantes á las que se usan todavía en diferentes localidades de España; no descuidó tampoco la forma humana y el estudio de la expresión, para lo cual elegia sus modelos entre la gente del pueblo bajo de su país. Llegó hasta el caso de tener á su lado un joven del campo con este objeto, al cual colocaba en todo género de actitudes, y en todas las formas de expresión y emoción, llorando ó riendo, atacando de esta manera todas las dificultades. Tenia además el hábito constante de dibujar cabezas con yeso, que le daba, segun dice Pacheco, una facilidad y confianza grande para los retratos, excelente práctica seguida por los antiguos maestros italianos, tanto para los paños como para las cabezas. Este estudio tan constante y tan intenso fué el que le dió aquella extraordinaria seguridad en su lápiz y en su pincel, desarrollada posteriormente en sus obras, y aquella verdad de expresión que constituye su principal encanto como artista, y mientras que con semejante esmero copiaba á la naturaleza, Velazquez acrecentaba el conocimiento de los fundamentos de su arte, y formaba su estilo, con el estudio de las pinturas italianas y flamencas, que por entonces se llevaban en gran cantidad á Sevilla. A este periodo de su carrera pertenece la *Adoración de los Magos*, en el Museo de Madrid, el cuadro mas antiguo que se conoce suyo, pintado cuando tenia veinte años, y fechado en 1619; al mismo periodo pertenece la *Adoración de los Pastores*, que se halla en el Museo de Londres (*National Gallery*), y el *Aguador de Sevilla*, que está hoy en poder del duque de Wellington. En 1622, despues de haberse casado á los diez y nueve años de edad con la hija de Pacheco, fué á Madrid, deseoso de ver las obras de los grandes maestros de la escuela italiana, y de otras que se encontraban coleccionadas por los reyes y grandes de España, y con el fin tambien de darse á conocer como pintor.

Velazquez llegó á Madrid en un momento favorable. Un reinado infeliz por incesantes contratiempos en armas y en política, cuyas calamidades habian precipitado la caída de España desde el primer puesto hasta casi el último entre las naciones de Europa, es digno de memoria, sin embargo, por ser el periodo mas brillante de su historia en artes y letras. Durante los reinados de Felipe III y IV, Cervantes, Góngora, Lope de Vega, Calderon, Quevedo y otros escritores, y Velazquez y Murillo entre los pintores, sostuvieron una gloria tradicional que fué poco á poco disminuyendo con la pérdida de sus hombres de Estado y sus militares. La literatura y las bellas artes se levantan por regla

general en las épocas florecientes mas bien que en las decadencias de los Estados, y al encontrarnos con tantos hombres de genio durante los desastrosos reinados de Felipe III y Felipe IV, hay que buscar las causas en razones anteriores, cuando España figuraba como primera potencia.

La protección que dió origen á que produjeran sus inmortales obras puede atribuirse á las circunstancias particulares del tiempo en que vivieron. Felipe IV fué aficionado á la literatura y al arte: trató de probar sus fuerzas en ambos terrenos escribiendo versos sin importancia y pintando cuadros sin mérito, que recibían los acostumbrados elogios que se dan á las obras de los reyes. Era por naturaleza indolente y poco inclinado al trabajo; tenia un ministro ambicioso, que pretendía el poder absoluto, y se afanaba, dando alas á las aficiones de su soberano, en apartar su atención de los negocios del reino. La mejor manera de conseguir su objeto fué, favoreciendo las tendencias artísticas y literarias de su rey; haciendo que sacrificase á ellas los cuidados y deberes del gobierno. De este modo, y mientras que Felipe encontraba placer con los artistas y sus obras, el conde duque de Olivares tenia un interés especial en buscarle buenos pintores al mismo tiempo que le buscaba hermosas queridas. Era tambien Olivares aficionado á las bellas artes, y el encontrar y proteger hábiles artistas se convertía de este modo en un asunto de hombre de Estado lo que era asimismo un placer personal.

Tenia Velazquez buenos amigos en Madrid, y entre ellos algunos con influencia en la corte, y estos le facilitaron que viese y estudiase las colecciones del rey en los palacios de Madrid, en el Prado y en el Escorial; pero no tuvo entonces el éxito que esperaba: resulta solamente que pintó el retrato de Góngora, poeta de gran fama por aquel tiempo, y el cual se conserva aun en el Museo de Madrid. Sus amigos no pudieron alcanzarle la protección del rey, y se volvió disgustado á Sevilla. El año siguiente, sin embargo, don Juan Fonseca y Figueroa, digno canónigo de la catedral de Sevilla que gozaba de un pequeño destino en palacio, logró que su nombre llegase hasta Olivares, el cual no solamente le invitó para que fuese á Madrid, sino que le proporcionó los medios de que hiciera el viaje. No tardó mucho Velazquez en que le encargasen el retrato del rey, el cual alcanzó un éxito tan grande que Olivares dijo que ningún otro antes que él habia retratado tan perfectamente á Su Majestad. A Felipe le agradó del mismo modo, mandando que todos los retratos que anteriormente le habian hecho se quitasen de la vista del público, y declarando que de allí en adelante no permitiría hacerlos mas que á Velazquez. El cuadro representaba al rey con su armadura y á caballo, y se supone que pereció en el fuego que destruyó el palacio. Se expuso, como las obras de los antiguos maestros italianos, á la crítica del público en la calle Mayor, excitando la admiración universal, y produciendo la envidia de los artistas que estaban de moda en la corte. Pacheco se alegró tanto del éxito de su discípulo, que compuso un soneto en su honor, en el cual el pintor y el rey fueron, por supuesto, colocados mas altos que Alejandro y Apeles.

Una cédula real, fechada en 1628, fija el modo en que debia ser pagado Velazquez por las obras que tenia ya ejecutadas para el rey, y por los retratos que tuviese que pintar de allí en adelante. Debía recibir 12 reales diarios, y por este precio de 4,380 reales al año, Felipe adquirió el derecho de encargar el cuadro que tuviera por conveniente al pintor. Velazquez tenia derecho á recibir además de esto, la asistencia del médico, las medicinas, y un traje anual del valor de 90 ducados, semejante al de los enanos, bufones, barberos y zapateros de Su Majestad. El rey hizo, como se ve, un trato ventajoso por su parte, y no se merece el título de protector espléndido del arte, que alcanzó con semejante motivo. Felipe en verdad debia mas á Velazquez, que Velazquez á Felipe. Su posición se aseguró sin embargo, y recibió pruebas del favor del rey nombrándole pintor de Cámara. Los mas distinguidos personajes relacionados con la corte fueron retratados por él, y cuando Carlos I de Inglaterra hizo su memorable viaje á Madrid, suplicó á Velazquez que hiciese su retrato. Se quedó sin acabar por la repentina marcha de Carlos, pero regaló al pintor 100 coronas. A pesar de que Ceán Bermúdez y otros escritores españoles mencionan este cuadro, no se encuentra su paradero. Hacia este mismo tiempo y en competencia con los mas eminentes pintores de la época, obtuvo el encargo de hacer un gran cuadro histórico que representase la expulsión de los moriscos de España por Felipe III, y tan satisfecho quedó el rey con la obra de Velazquez, perdida por desgracia, que le nombró ugier de la real Cámara.

En 1628, Rubens visitó á Madrid por segunda vez, como embajador, á Felipe IV de parte del rey de Inglaterra. Habia estado ya en correspondencia con Velazquez, y este se apresuró á saludar á un pintor cuyas obras hacia mucho tiempo que admiraba. La influencia de Rubens, y sus acertados comentarios sobre los cuadros de los grandes maestros que adornaban los palacios reales, y que visitaron los dos juntos, produjo un cambio muy grande en Velazquez. Se sintió disgustado con los escasos conocimientos de su arte que podia alcanzar en España, y determinó irse á Italia, para poder estudiar las obras maestras de aquellas escuelas; pero Felipe no estaba conforme con su marcha, y hasta el siguiente año no le concedió el permiso. Para atender á los gastos de su viaje mandó el

rey que se le pagasen 100 ducados por el cuadro de los *Borrachos*, y 300 por otras obras ejecutadas con anterioridad, á los cuales añadió el conde duque 200 ducados de oro y una medalla de Su Majestad. Provisto de cartas de recomendación para embajadores, ministros y grandes personajes, Velazquez se embarcó en Barcelona el día 10 de agosto, en compañía del mas grande capitán de su tiempo, Ambrosio Spinola.

Con el primer viaje de Velazquez á Italia, termina su primera manera. Se distinguen sus cuadros de este tiempo por la valentía del color, sin gran variedad de tonos; por una tinta general parda y oscura, la cual creen en Inglaterra que es peculiar de la escuela española; en fuertes contrastes de claro oscuro, fuerte luz con sombras oscuras; en un perfil decidido y casi duro; en paños de pliegues grandes y bien determinados; en la copia realista de tipos vulgares; en una verdad admirable para reproducir la imágen en el lienzo; en una esmerada manera de dibujar y de modelar, y en una buena composición ajustada á las máximas italianas. Algunos escritores que tratan de la pintura en España atribuyen la primera manera de Velazquez á la influencia de Caravaggio y Rivera. Este habia abandonado la península antes de que Velazquez hubiera podido aprovecharse de su enseñanza; pero las obras de ambos pintores se elogiaban entonces mucho, y gran parte de ellas habian sido llevadas á España. Sin duda ninguna la analogía general de manera, entre estas y los primeros cuadros de Velazquez llama la atención desde luego, y es muy probable que con su estudio y con los preceptos de Pacheco, formase principalmente su primer estilo. A él pertenecen, además de las tres obras mencionadas antes, el celebrado lienzo de los *Borrachos*, y algunos retratos del Museo de Madrid. En la *Adoración de los Magos*, las formas masculinas son vulgares, y sin vestigio de refinamiento; son las mismas que diariamente pueden verse entre la gente del pueblo de España. La Virgen es una agradable aldeana, sostiene en sus brazos al niño Jesús, envuelto y fajado como es costumbre todavía con los niños españoles. Los paños están pintados de una manera grande y convencional con anchos pliegues dibujados con seguridad. El tono del cuadro es oscuro y casi monótono, siendo el pardo el color dominante. La composición es semejante á la de las últimas escuelas italianas.

Los *Borrachos* pintados poco antes de su salida para Italia, demuestran un considerable adelanto en su genio. Es el mejor ejemplo de su primera manera, y señala la influencia que ejercieron sobre él las obras de Caravaggio. El tono general ha sufrido por efecto del tiempo y de las restauraciones, el celaje y algunos colores, especialmente los verdes que se han torcido en todos los cuadros de Velazquez, aquí se han vuelto negros y opacos, lo cual unido á la oscuridad de las sombras, y á los pardos que dominan, da al lienzo un carácter sombrío. Un hombre del pueblo, un Baco en caricatura, coronado de pámpanos y medio desnudo, está sentado en un tonel; un hombre se arrodilla en su presencia para recibir una guarnalda como premio de bebedor; á su derecha, sobre un banco, un joven medio borracho y cubierto de harapos levanta con la mano una copa mientras que otro compañero tiene el jarro del vino. En el lado opuesto hay un grupo de hombres mas ó menos ebrios, algunos en ademán de reírse, otros serios y graves. El asunto está tratado con una gracia digna de Cervantes. La verdad y la valentía del cuadro sobresalen á un mismo tiempo: las luces están diestramente combinadas con lo oscuro de las sombras; el dibujo es franco, aunque no siempre correcto; la composición es de efecto; las cabezas llenas de expresión natural; los detalles, la jarra de barro, las tazas y copas, son inimitables. Estas condiciones admiran á los que no pueden apreciar el profundo conocimiento y asombrosa maestría que se encuentra en sus últimas obras. No falta quien diga que los *Borrachos* fué el cuadro de Velazquez que mas impresionó á Wilkie, y que mas influencia tuvo en su última manera histórica; pero esto es dudoso, porque la verdad es que nada hay tan diverso del esmerado y sombrío colorido de Velazquez, que la ligera y descuidada manera de pintar de Wilkie despues de su viaje á España.

Entre los retratos que pintó Velazquez en este periodo se ha perdido por desgracia el mas importante de ellos, el de Felipe IV á caballo, que fué origen de su fama; pero quizá podremos juzgar del modo en que estaba pintado por el hermoso retrato de cuerpo entero de su hermano Don Carlos, príncipe notablemente favorecido por la naturaleza, que murió con gran sentimiento de la nación á la temprana edad de veinte y seis años. Fué superior al rey en su figura, al mismo tiempo que en mérito y carácter; aunque tenia las facciones austriacas señaladas con la misma fuerza de expresión, frente estrecha, labio inferior grande y desprendido, y la barba cuadrada y gruesa, Velazquez le ha representado en el traje negro comun de los nobles españoles, ligeramente adornado con el collar del Toison, y llevando un guante en su mano derecha. El retrato es completamente sencillo, pero lleno de distinción; el ademan es natural y fácil como en todas las figuras de cuerpo entero pintadas por él; las tintas de la carne son pardas, y las sombras oscuras y duras.

(Se continuará).

**El testamento de M. Arkley.**

(Continuacion. — Véase el número 1,057).

— Os ruego, M. Teesdale... es indispensable que despache mi negocio, y para esto, necesito tener mi imaginacion completamente despejada.

Y el pobre Tarsey se pasaba la mano sobre su frente, que tenia bañada en sudor.

— Necesito tener mis ideas completamente despejadas, M. Teesdale.

— Ya os conduciré á casa de mi tío si fuese necesario, que no lo creo probable. A propósito, deciais que debe leerse el testamento. ¿En voz muy alta, Tarsey?

Tarsey vaciaba en este momento su octavo vaso, examinando con estúpida atencion los dibujos que adornaban los cristales.

— ¡Oh! sí, M. Tees... dale... leeré en voz alta, muy alta y muy clar... ramente.

— Sí... Pues bien, escuchad, Tarsey; me habeis dado á entender que mi tío me habia mejorado. Además, ya recordareis lo que os he dicho acerca del carácter de mi tío, tan variable.

— Cierta... ciertamente, señor... señor...

— Y que ayer noche le encontré frio; pues bien, si lees el testamento, hay cien probabilidades contra una, que cuando oiga mi nombre cambiará completamente sus disposiciones.

— ¡Oh!... sí, ¡demonio!

— Pues bien, ya veis, ¿eh?

— ¡Oh!... sí... veo... el día... a... blo.

— ¡Que te lleve, imbécil! Mozo, traed, soda-water; bastante has bebido ya, Tarsey.

Gracias al soda-water y á los cuidados inteligentes de Teesdale, el equilibrio de las facultades de Tarsey, se encontraron muy pronto restablecidas. Federico sube en el carruaje con él, llegando muy en breve á la habitacion del enfermo.

Jorge Arkley acababa de partir; circunstancia que no dejó de apreciar en su justo valor. Despues de haber dejado al escribiente en el comedor, tomando una taza de café, Teesdale sube á la habitacion de su tío. M. Arkley le reconoció al punto y le dirige algunas palabras, no sin esfuerzos visibles.

Federico pasa inmediatamente á la pieza inmediata en donde se encontraba Jaime.

— Y bien, Jaime, le dijo, ¿cómo encontráis á vuestro amo esta noche?

— Dios mío, señorito Teesdale, creo que no tiene muy buena la cabeza esta noche.

— Sí, ¿pero hasta el punto, por ejemplo de que os tome por mí, Jaime?

— ¡Ah, M. Teesdale! desgraciadamente si se dijera á mi amo que vos érais yo, estoy seguro que no se apercebiria del cambio.

— Es sensible, mi pobre Jaime, que os priveis del dinero, que de otra manera tendríais.

— En cuanto á esto, señorito... no es porque cuente con mucho, pero en fin, se desea tener lo que hay derecho de tomar.

— Naturalmente; piensas bien, Jaime, mi tío ha hecho venir al escribano para que le traiga á firmar el testamento. En fin, no existe ninguna razon, mi buen Jaime, para ocultaros que vuestro amo os ha legado una suma de cincuenta libras; pero comprendereis muy bien, que si mi tío no puede firmar...

— ¿Y hay alguno en la casa que se atreva á decir que mi querido amo haya perdido el conocimiento? exclamó Jaime apretando los puños. Soy un pobre viejo, señorito Teesdale, pero si hubiese alguno que quisiera sostener una cosa parecida, tendria que habérselas conmigo.

— De modo, Jaime, que creéis que vuestro amo se halla en estado de firmar su testamento.

— Así lo creo, M. Teesdale.

— ¡Ehorabuena! Pues bien, id á buscar al doctor Bromley.

— Doctor, dijo con viveza Teesdale desde que apercebió á Bromley, os ruego que examineis á mi tío con detencion para que me digáis, si está ó no en estado de firmar su testamento, pues el escribiente de Trompkins y Sharpe acaba de venir con este objeto.

El doctor penetra en la habitacion del enfermo, regresando á los pocos momentos.

— ¡Ah! señor de Teesdale, dijo, mi pobre amigo no parece que me haya conocido, y me es absolutamente imposible asegurar que vuestro tío esté con la cabeza y el espíritu suficientemente despejados para firmar un testamento. La cabeza, señor de Teesdale, la cabeza seguramente no está... y ya sabéis que un testamento... Además, son pocas todas las precauciones que se tomen tratándose de un testamento.

Teesdale le envia, interiormente, á todos los diablos.

— Ciertamente, ciertamente, doctor, añadió en voz alta. En ese caso hay que despedir al escribiente. Sin embargo, es sensible, tanto mas que por algunas palabras que á mi tío se le escaparon en mi presencia, sospecho que os dejaba un pequeño legado, como una prueba de su reconocimiento por los cuidados que le habeis prodigado.

— ¡Ah! exclama Bromley cambiando de tono, no

creais que el estado de mi pobre amigo, sea el que le suponeis; no vayais tan ligero, señor de Teesdale. Hay asuntos que deben tratarse con gran circunspeccion. No puede ocultarse que si vuestro tío no firma hoy su testamento, seria muy posible que se muriera antes de poderlo hacer.

— No puede haber la menor duda.

— Y verdaderamente seria deplorable, y mi conciencia me reprocharia siempre de haberme opuesto de algun modo, á que este acto tan importante se verificara. Es, pues, conveniente que reflexionemos antes de tomar una decision. ¿Si yo entrara otra vez á reconocer á mi pobre amigo, qué os parece? pues en estos casos los enfermos suelen tener momentos lúcidos.

— Justamente, os iba á proponer esto mismo, contestó Teesdale, tratando de ocultar una sonrisa.

El doctor, sin perder un momento su gravedad, entra en la habitacion del enfermo. Federico le acompañó hasta el lecho retirándose en seguida á la pieza inmediata. Muy pronto el doctor se dirige á su tío en terminos los mas patéticos.

— Amigo mio, querido amigo, mi antiguo camarada. Sin embargo, excepto algunas palabras mal articuladas que probaban una apreciacion mas ó menos benévola, no recibió ninguna contestacion de M. Arkley. De repente Federico cree apercebir un quejido: el doctor habia empezado á sollozar. Casi inmediatamente, con gran sorpresa de Teesdale, el enfermo gritó con voz fuerte:

— ¡Bromley, sois un insigne imbécil!

Teesdale se aleja entonces de la puerta y se traslada al salon, adonde le siguió el doctor, que entra con un semblante radiante de alegria, y le aprieta la mano con efusion.

— Mi querido señor de Teesdale, le dice con una sonrisa apenas desvanecida: estoy abortado, vuestro tío ha tenido un momento de lucidez.

— ¿Entonces podrá firmar el testamento?

— Ciertamente, ciertamente, jamás ha tenido su juicio mas sano y su espíritu mas entero.

— Estoy sorprendido, doctor, del cambio tan repentino de mi tío. No tardeis mucho tiempo en volver. Hasta despues.

El doctor sale y Teesdale marcha á ver á Tarsey.

Cuál fué su consternacion al ver que el digno escribiente habia reemplazado el café por una botella de aguardiente, y ante la cual aparecia con un semblante embrutecido, los codos puestos sobre la mesa, y teniendo su cabeza entre las manos.

— ¡Malditos sean los borrachos! exclama Teesdale. Este es otro negocio. Hola, Tarsey, despertaos, amigo, necesito inmediatamente de vuestros servicios.

Y coge al escribiente por los hombros.

Tarsey se levanta y mira á Teesdale con los ojos llenos de lágrimas.

— ¡Oh! ¡oh! señor de Teesdale, le dice tartamudeando, ¡qué cuadro... qué cuadro he estado contemplando!...

— ¿Qué quereis decir, imbécil? contestó Teesdale.

— ¡Veros en semejante estado, M. Teesdale! ¡yo que os apreciaba tanto! ¡Entregado así á la intemperancia! ¡Oh! es demasiado, mi corazon... mi corazon se despedaza, señor de Teesdale! ¡Oh!...

Y el infortunado escribiente cae sobre su silla como si fuera una masa inerte, dando un quejido.

— ¿Háse visto una cosa semejante? dice Teesdale, estoy por coger las tenazas y apalearlo á este bestia.

En este momento se oye la campanilla con gran estruendo.

— ¡Vamos, este es Jorge! murmuró Teesdale, ¡estoy perdido!

Un criado entra.

— M. Jorge Arkley, dice que no puede subir, porque está sumamente ocupado, á menos que le necesiteis ó que el enfermo se encuentre peor.

— Dad las gracias á M. Jorge Arkley, contestó Teesdale, y decidle que en este momento no le necesito, y que el enfermo se encuentra algo mejor. Decidle, además, que pasará por su casa esta noche.

Libre ya de este nuevo peligro, Teesdale se ocupó en que Tarsey recobrar su razon, y gracias al agua fria, momentos despues pudo conducirle á la habitacion de su tío.

— Aquí está M. Tarsey, tío, el escribiente de Tompkins y Sharpe, con quien queriais hablar.

El anciano Arkley se levanta y mira á Tarsey.

— Singular individuo, murmura, pero en fin, desde el momento en que Tompkins... ¿Y bien, caballero, tenéis el testamento?

Tarsey se inclina sin pronunciar una palabra.

— Entonces, Federico, déjanos; y te ruego que cierres la puerta.

Federico obedece, es decir, deja la habitacion, pero cuidando de entornar la puerta. Cuál fué su espanto al oír á Tarsey, á pesar de todas sus prevenciones, leer el testamento en voz alta.

— Dejo á mi sobrino Federico Teesdale, veinte mil libras esterlinas.

— ¿Qué es eso? gritó M. Arkley. ¿Pero qué diablo leéis? ¿estais loco?

La vehemencia del anciano hizo recordar á Tarsey las prevenciones de Federico.

— Os pido mil perdones, continuó tímidamente.

— Volved á empezar, murmuró el enfermo.

— Dejo á Tomás Tinkle, siguió Tarsey, miembro de la sociedad de Jardineros, el servicio de plata que me fué regalado por...

— ¿Me habeis entendido, caballero? le dijo el enfermo. ¿Veis ese baston? pues si no quereis que vuestras espaldas hagan conocimiento con él, volved á empezar.

Pero Tarsey estaba completamente aturdido; no sabia qué resolucion tomar. En cuanto á Teesdale, estaba aterrizado: la cárcel, el presidio eran otras tantas visiones que pasaban alternativamente delante de sus ojos.

De repente Tarsey tuvo una sublime inspiracion que le sacaria del apuro en que se encontraba; é inclinándose sobre el lecho del enfermo, le dijo en un tono familiar:

— ¡Psit! ¡está ahí fuera, os va á oír!

— ¡Miserable! piensa Teesdale.

— ¿Quién está fuera, decidis? continuó el enfermo siempre furioso.

— El enfermero, el que os guarda.

— ¿Qué decís? le dijo el anciano. ¿Por ventura me creen loco? ¿Teneis la audacia?... Pero esperad...

Y M. Arkley, al decir esto, salta de la cama y coge el baston. Entonces Tarsey juzga prudente huir, dejando á Federico que se habia precipitado á entrar en la habitacion, y que consiguiendo, no sin trabajo, que su tío se volviera á la cama.

— ¿Eres tú, quien dice que estoy... que estoy loco? articuló con dificultad M. Arkley.

— No, no, tío mio, no sois vos. Es él que tiene la cabeza...

Y Federico se lleva la mano á su frente.

— He debido preveniros... el pobre hombre está un poco...

— ¡Cómo! ¿M. Tompkins me envia un escribiente lunático para hacerme firmar el testamento? ¿Y dónde está ese testamento?

— Ahí está, tío, en el suelo.

— Dámele. ¿Dónde están mis anteojos? Me siento ahora mejor y puedo leerle yo mismo.

Al oír estas palabras, un temblor se apoderó de todos los miembros de Teesdale; sus dientes chocaban unos contra otros. En este estado fluctúa sobre la resolucion que debia tomar. ¿Confesaria?... ¿Huiria? En medio de tal confusion de ideas, y obrando maquinalmente, se baja y recoge con la mano contraida el testamento. Cuando se levanta, advierte que su tío habia perdido el conocimiento.

Teesdale entonces deja escapar un suspiro, viéndose ya libre del peso que le abrumaba. Queda algunos instantes inmóvil para reponerse de la emocion que habia sufrido. Al cabo de algunos momentos, M. Arkley recobra su conocimiento y parecia que no le quedaba el menor recuerdo de lo que acababa de suceder.

— Federico, dijo M. Arkley débilmente.

— ¿Qué quereis, tío mio?

— ¿En qué me ocupaba cuando... cuando me quedé dormido?

— Dios mio, tío, pues que me lo preguntais, estábais en el momento de firmar el testamento; os le habian leído y solo faltaba la firma.

— ¡Ah! sí, es verdad, lo recuerdo confusamente; ¿el notario? ¿el escribiente está aquí? Quiero ahora firmarle.

Tarsey, que se habia retirado á las habitaciones interiores y puesto bajo la proteccion del ama de gobierno, entró acompañado de esta. Entonces Federico se retira. Muy en breve, la mano temblorosa del pobre M. Arkley logró formar los palotes necesarios, y Tarsey sale triunfante, llevando el fatal documento que tantos sobresaltos habia costado á Federico.

No habian terminado aun sus angustias, pues temia que su tío, siguiendo el alivio que ya empezaba á observarse en él, pediria algun día su testamento. Teesdale iba por la mañana y por la noche á ver á Tarsey para averiguar si no estaria todo descubierto, hasta que un día, faltar ya de fuerzas para soportar esa vida de agonias por mas tiempo, se decide á ausentarse á esperar los acontecimientos, no sin dejar antes á una persona de su confianza, con el encargo de que le hiciera saber todo acontecimiento que sobreviniera en casa de M. Arkley.

Solo algunas semanas habian trascurrido cuando una mañana recibe un parte telegráfico: «M. Arkley murió anoche; venid inmediatamente.»

Teesdale partió al instante, y solo encuentra á Jaime en la casa mortuoria.

— ¿Mi tío ha muerto de un ataque? le pregunta.

— Sí, señor, M. Teesdale ha muerto casi repentinamente. Despues de la visita que le hizo M. Manton, ha ido cada vez peor. Ya recordareis de M. Manton, ese abogado que era amigo del señor; pues bien, una noche despues de haber hablado largo rato con vuestro tío, me enviaron á buscar un papel á casa de M. Tompkins y Sharpe. Desde esta noche mi amo se empeoró.

— ¿En casa de Tompkins? y... balbucea Federico, haciendo los mayores esfuerzos para que el criado no notara su turbacion.

— Sí, señor, no sé qué documento era; el día siguiente se le volvió á llevar.

Federico sale precipitadamente á ver á Tarsey.

— Tarsey, ¿mi tío ha introducido alguna modificacion en el testamento?

— No, señor Teesdale, una noche le envié á buscar para volverle á leer, y nos le ha devuelto sin cambiar una sola palabra.

— ¡Sin cambiar nada!... ¿y le ha leído decís?... no es posible, gritó Federico, que ya empezaba á perder toda su serenidad.

